

# HUER TA

ASUNCIÓN RANGEL  
CARLOS ULISES MATA

PEQUEÑA GALERÍA DEL ESCRITOR HISPANOAMERICANO





---

HUERTA

---

## PEQUEÑA GALERÍA DEL ESCRITOR HISPANOAMERICANO

Asunción Rangel  
y Carlos Ulises Mata

---

# HUERTA

---

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO  
CAMPUS GUANAJUATO  
DIRECCIÓN DE EXTENSIÓN CULTURAL

*Huerta*

Primera edición, 2015

D.R. © *De los textos:*

Asunción Rangel y Carlos Ulises Mata

D.R. © *De la presente edición:*

Universidad de Guanajuato, Lascaráin de Retana 5

Centro, C. P. 36000, Guanajuato, Guanajuato

Campus Guanajuato

Fraccionamiento 1, s/n, col. Establo,

C. P. 36250, Guanajuato, Guanajuato

Dirección General de Extensión

Mesón de San Antonio, Alonso 12, Centro,

C.P. 36000, Guanajuato, Guanajuato

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de la presente obra, a través de cualquier medio, sin el consentimiento previo del editor.

ISBN volumen: 978-607-441-777-7

ISBN obra completa: 978-607-441-767-8

Editado en México - *Edited in Mexico*

Este libro surge como parte del proyecto “Efraín Huerta en la Pequeña Galería del Escritor Hispanoamericano”, el cual fue beneficiado por la Dirección de Apoyo a la Investigación y al Posgrado (DAIP) en la Convocatoria Institucional 2014. Este volumen es producto del trabajo de los Cuerpos Académicos “Estudios de poética y crítica literaria hispanoamericana” y “Estudios literarios: configuraciones discursivas y poéticas”.

## Índice

<i>Pequeña Galería del Escritor Hispanoamericano</i>	9
El poeta <i>va muriendo</i> , el poeta <i>va viviendo</i> ASUNCIÓN RANGEL	11
Efraín Huerta: <i>Ecce Homo</i> CARLOS ULISES MATA	15
“Una negra sonrisa de alegría” ASUNCIÓN RANGEL	67
<i>Obras citadas</i>	105
<i>Obras de Efraín Huerta</i>	106

<i>Textos sobre Efraín Huerta</i>	108
<i>Fotografías, documentos, documentales</i>	111
<i>Sobre los autores</i>	113

## *Pequeña Galería del Escritor Hispanoamericano*

*“Leer no es poseer un texto, y (como bien sabían los antiguos bibliotecarios de Alejandría) la acumulación de saberes no equivale a conocimiento. Conforme aumenta nuestra capacidad de atesorar experiencias, aumenta nuestra necesidad de hallar formas más penetrantes y profundas de leer las historias codificadas. Para ello necesitamos prescindir de las tan cacareadas virtudes de lo rápido y lo fácil y recuperar el valor positivo de ciertas cualidades casi perdidas: la profundidad de la reflexión, la lentitud del avance, la dificultad de la empresa”, escribe Alberto Manguel en su maravilloso libro La ciudad de las palabras (Almadía, 2010).*

*Estas tres cualidades, profundidad, lentitud y dificultad, son algunas a las que aspira la Pequeña Galería del Escritor Hispanoamericano; cualida-*

*des que se trenzan con tres objetivos primordiales: acercar, dar a conocer y fomentar la lectura de escritores hispanoamericanos fundamentales de los siglos XX y XIX. Bien vistos, estos objetivos se sintetizan en uno: invitar a la lectura.*

*Esta colección, además, surge del tesón y del interés, no de un grupo de académicos, sino de un grupo de lectores que, si bien no pueden desprenderse de su formación, creen fervientemente que el fomento a la lectura es una labor que implica alumbrar aquello que el poema, el cuento, el ensayo o la novela buscan transmitir o significar a los lectores.*

*El título de la colección proviene o está inspirado —en el sentido etimológico de la palabra inspiración, compuesta del verbo latino spirare: ‘respirar’— en el ensayo de Walter Benjamin “Pequeña historia de la fotografía”. Creemos, quienes participamos en esta colección, que la escritura sobre las obras literarias no debe ser un encorsetamiento, sino un respirar, un inspirar; esto es, como la palabra inspiración lo indica en su acepción etimológica, la necesaria iluminación del espíritu, previa a cualquier acción humana.*

*La Pequeña Galería del Escritor Hispanoamericano, resta decir, busca ser un encuentro de corazones, de pareceres y de sensibilidades en torno a la literatura.*

El poeta *va muriendo*,  
el poeta *va viviendo*

*Asunción Rangel*

“AL COLECCIONAR, LO DECISIVO ES QUE EL objeto sea liberado de todas sus funciones originales para entrar en la más íntima relación pensable con sus semejantes. Esta relación es diametralmente opuesta a la utilidad, y figura bajo la extraña categoría de la contemplación. ¿Qué es esta “contemplación”? Es el grandioso intento de superar la completa irracionalidad de su mera presencia integrándolo a un nuevo sistema histórico creado particularmente: la colección. Y para el verdadero coleccionista cada cosa particular se convierte en una enciclopedia que contiene toda la ciencia de la época, del paisaje, de la industria y del propie-

tario de quien proviene”, escribe Walter Benjamín en una de las notas que darían origen al *Libro de los pasajes*. Y en estas líneas, parecieran adivinarse los contenidos del libro de Mónica Mansour, *Efraín Huerta: absoluto amor*. Se trata de una colección de *huellas* —para decirlo con las palabras de José Emilio Pacheco que prologan el libro dedicado al poeta— que toman la forma de recortes de periódicos, fotografías, credenciales, cartas, sobres postales, dibujos, ilustraciones, tarjetas, anotaciones... nada que pueda servir, en el sentido de utilidad que Benjamin emplea en las líneas arriba citadas. Quien se enfrenta a las páginas del libro, sin duda, lo hace sabiendo que se entromete en los entresijos de la vida de Huerta. Es, como lo dice Pacheco, hurgar en el cajón de sus papeles privados.

El nombramiento como representante del “Gran Partido Socialista del Centro” de Querétaro; un telegrama enviado por Elvira y Pepe a Efraín Huerta desde San Andrés Tuxtla —cuya fecha apenas podemos leer—; una lámina —eso que hace algunos ayer se conocía como “monografía” y que regularmente se pedía para cumplir con alguna tarea escolar sobre “El día de la bandera”, “Los Chichimecas”, “La Revolución Mexicana”, etc.—, una lámina, decía,

que presenta una variedad de cocodrilos —el poroso, por ejemplo— e indica detalles del esqueleto del animal, o que éste tiene los ventrículos del corazón separados; la portada de un libro de poemas escritos entre 1935 y 1968 de la serie *El volador* de la editorial Joaquín Mortiz; o el “diploma” entregado a Huerta por haber obtenido el Premio Nacional de Literatura un 30 de noviembre de 1976, firmado por el entonces presidente Luis Echeverría Álvarez, son algunas de las huellas que forman esa colección.

Huellas ha dicho Pacheco, citando a Benjamin, y quizá también se refería a esa otra figura que fascinaba al pensador alemán: la ruina. No se trata de un gusto por lo anacrónico, sino de una suerte de fascinación nostálgica y del testimonio que la ruina ofrece de la potencial destrucción del tiempo. Así, uno va observando cómo en esa biografía huertiana —hecha de collage—, el poeta *va muriendo*, pero los testigos de esa agonía nos los dan las boletas de inscripción del jovencísimo Huerta en el Colegio Civil del Estado de Querétaro Arteaga, hasta la fotografía de Rafael López Castro, tomada el 3 de febrero de 1982 en Milpa Alta. O debería decirse al revés, quizá: en esa biografía huertiana —hecha de collage—,

el poeta *va viviendo*, y el testimonio de esa vida lo da la famosa fotografía tomada por Lola Álvarez Bravo, en donde Huerta parece mirando a la izquierda —no podría ser de otra forma—, con saco oscuro y una flor blanca en la solapa. La fotografía de Lola Álvarez Bravo, huelga decir, abre y cierra esa maravillosa colección huertiana.

En la ruina, vista como natural proceso de degradación y muerte, también es posible ver el esplendor, la vida; la mirada al pasado de Huerta, y particularmente a través de esos objetos de su cotidianeidad, muestran la grandeza y caducidad que entrañan.

Sirvan estas líneas como un puente, y como una invitación. Como lo segundo, para que el lector de este “Huertita” acuda a las maneras en que el poeta *va muriendo*, pero también cómo el poeta *va viviendo* en el libro de Mónica Mansour; y como un puente entre las luminosas y generosas palabras de Carlos Ulises Mata Lucio y las mías, que a continuación se ponen a consideración del lector.

## Efraín Huerta: *Ecce Homo*

*Carlos Ulises Mata*

### I. VIDA Y SUEÑOS

EN UNA CARTA TEMPRANA Y AÚN INÉDITA, FECHADA en Nopala, Hidalgo, el 29 de marzo de 1934 y escrita en la huerta de la casa de quien era la musa generacional del grupo preparatorio al que entonces pertenecía, Efraín Huerta se descubre a sí mismo como un soñador eficaz, y se ensaya como profeta de su vida futura.

Contra lo que podría suponerse, la carta no va dirigida a la musa colectiva evocada —de nombre Adela María Salinas, aunque todos se referían a ella como “La Chata”—, sino a Mireya Bravo Munguía, con quien Huerta se

casaría siete años después. Transcribo algunos pasajes de la misiva:

¿Qué vida es esta, en que no sé distinguir el sueño de la realidad? A veces vivo acciones enteras copiadas de mis propios sueños; a veces mis recuerdos más firmes, los que van trazando claro y preciso el cauce por donde me he despeñado, no son sino sueños intrusos, que han tomado carta de naturalización entre los sucesos de mi vida real; a veces hablo de sueños como de proyectos; a veces tengo junto a mí, y estrecho su mano, figuras habitantes exclusivas de mi sueño. ¿Qué vida es la mía?

Es verdad que soy un clásico para soñar; jamás el desenfreno, jamás el churriguera; razonable, aunque ambicioso, hago siempre que mis sueños sean posibles; los creo, y los gozo íntegra, vitalmente; me acostumbro a ellos de tal manera que luego, en la vida despierta, al presentármese las oportunidades que fueron en mi sueño primera promesa, no sé escoger otro camino que el que el sueño me trazó. No tengo más remedio que vivir en la realidad lo que ya había vivido, lo que ya conozco perfectamente; y no gozo más que al soñarlo, al contrario, tal vez, repetido, pierde en frescura, en novedad sorprendente...

La confusión es completa; fueron primero palabras, lo recuerdo; luego, lugares, paisajes, situaciones; después personas; ahora, afectos, y

el perfeccionamiento de la trama hasta la identificación con la realidad; los sitios precisos, los momentos exactos, cada circunstancia en particular, su conjunto armonioso, las frases, su entonación, y, ¡los afectos! ¡vivir afectos soñados!

¿Es un camino a la locura? ¿Es un camino a alcanzar el ideal, por el medio de vivir cada uno de los pequeños sucesos ideales que mis ojos, mis manos, mi frente, mi corazón han deseado? ¿Es que he sabido llevar por lámpara a mis sueños, al sol mismo, a la misma vida tal cual la veré después, o es que los sueños amenazan llenar de sombra y noche mi vida?

¡Ah!, pero soy feliz. Me voy haciendo la vida tal como la deseo, ¡como la sueño! Mireya, ¿habías conocido antes a un hombre feliz?

Y luego, líneas adelante, añade Huerta:

Renuncio a mi vida antigua, de tantos siglos, a mi vida arrancada de los clásicos, con honda raíz en el Egipto, con cálido recuerdo griego, con toga romana, con prejuicios de la edad media, con selectos entusiasmos renacentistas, con impresionismos, dadaísmos, ultraísmos; rompo toda la vida que me habían planeado cien generaciones de celosos abuelos, la vida que me hicieron con sus manos y que me dejaron cui-

dadosamente; la rompo, y me hago una como la quiero; un día la verás, Mireya, te gustará.<sup>1</sup>

Huerta tenía entonces —ante sí y tras de sí— 19 años, varios dramas familiares (el divorcio de sus padres; la muerte, por tifo, de su hermana Carmela; la persecución de su padre villista por parte del carrancismo triunfador), un doloroso fracaso escolar (no ser admitido en la Academia de San Carlos, él, que primero quiso ser dibujante y pintor), seis ciudades de residencia con sus respectivas mudanzas en tren, una decena de empleos variopintos y más de una etapa recordada como de “una pobreza espeluznante”. Tenía también muchos libros leídos e incontables poemas escritos en sus cuadernos, de los que sólo tres se habían publicado en un remoto periódico estudiantil de la ciudad de Irapuato.

Y si, aun así, Huerta declaraba ser un hombre feliz, con toda probabilidad las razones eran dos: su estado de duradero embeleso por Mireya Bravo, a quien aseguraba haber conocido “el tres del tres del treinta y tres” (o sea, el 3 de marzo de 1933), acaso para otor-

<sup>1</sup> Archivo personal de Eugenia Huerta Bravo; se cita con su autorización.

gar a su encuentro un rasgo de feliz fatalidad, delatado por la coincidencia numerológica y calendárica; y sus recientes decisiones —debió de tomarlas al iniciarse el año anterior— de adoptar el nombre de “Efraín” en lugar del “Efrén” con el que había sido bautizado, y de dejar de usar el apellido materno (Romo) en las colaboraciones periodísticas que por entonces comenzaba a publicar con cierta frecuencia.

Había empezado, pues, a hacerse una vida como la quería y había avistado en sus sueños: enamorado, escribiendo y con un nombre elegido por él mismo.

## II. VIDA Y BIOGRAFÍA

Con cierta machacona (y un tanto irreflexiva) frecuencia se dice y se escribe que la única biografía de un poeta está en sus poemas, pues en ellos se cifran sus ideas sustantivas sobre la vida y sobre su vida, sobre el lenguaje y sobre el estatuto y el uso que aquél le otorga y se autoriza. Sin embargo, la feliz redondez de la frase, su innegable condición de verdad probable y probada, oculta un matiz importante del que se habla poco: que, sin demérito de su categoría, la poesía es reacia a recoger en una orde-

nación coherente y reconocible las incidencias de la actividad corporal y mental de quien la escribe, las inflexiones y variaciones de su humor, los cambiantes estados de su opinión y sus creencias, entre otros factores vitales tan determinantes de una obra como los grandes conceptos.<sup>2</sup>

En contraste, la prosa —la prosa histórica, la periodística, la del diario y el dietario— registra con eficacia los hechos y las contingencias, los episodios individuales trascendentes y no, y las oscilaciones vitales del sujeto, de ahí que tradicionalmente haya sido el vehículo predominante para comunicar los datos de la vida externa de un escritor.

Muy temprano en su vida y en el desarrollo de su actividad literaria y periodística, Efraín Huerta mostró tener conciencia de esta distinción fundamental, atribuyendo a sus numero-

<sup>2</sup> Ni siquiera esa poesía que tanto se escribe desde hace varios años y que se anticipó a Facebook en su carácter de receptáculo de obviedades y de las infinitas elaboraciones del tedio, poesía presuntamente llena de vida porque lo mismo recoge la experiencia de freír un huevo que la de estrellarlo en el piso, señalando en cada caso día, hora y lugar del acontecimiento; ni siquiera esa poesía, digo, podría leerse como biografía de nadie: de esas astillas apagadas de una existencia es imposible recomponer siquiera el calor de un latido.

sos escritos en prosa la función de expresar y de modelar sus puntos de vista, intereses, dudas y posiciones críticas, y dejando a la poesía la tarea de expresar su vida simbólica —lo cual, como se verá, no significa que las alusiones autobiográficas estén ausentes de su poesía. Como no podía ser de otra manera, una vez establecido ese pacto o convención de escritura como parte del cual su caudalosa prosa registraba su biografía mientras que su poesía expresaba su vida, Huerta se permitió relativizarlo y hasta infringirlo en repetidas ocasiones, dando lugar de esa manera a la conformación de un complejo tejido de correlaciones, equivalencias y remisiones entre su existencia y sus convicciones, y su obra poética y prosística; entre sus incidencias personales, familiares e incluso médicas, y su escritura pública.

La pródiga permeabilidad de ese sistema de vasos comunicantes entre vida y literatura, con muy escasos paralelismos en la tradición mexicana, tuvo por lo menos tres efectos, muy vinculados entre sí pero al fin distintos, ninguno de los cuales se ha estudiado a fondo, con todo y que en cada caso dan lugar a rasgos característicos de la personalidad literaria y humana de Efraín Huerta.

El primer efecto es la identificación que Huerta hace de su actividad escritural con un acto permanente de legibilidad de sí mismo, de crítica y de autocrítica, llevado hasta el grado de convertirlo en el primer y más importante comentarista, antólogo y editor de su propia obra. El segundo efecto se hace visible en el abundante contenido autobiográfico incorporado a sus escritos prosísticos y (aunque en grado menor) a sus poemas por medio de repetidas e insistentes autoalusiones y menciones que ameritan ser estudiadas en sus tipos, procedimientos e implicaciones. Y el tercer efecto, al fin, consiste en la construcción, tanto en su obra como en el imaginario cultural, del personaje literario e incluso moral llamado “Efraín Huerta”, tan vigoroso y reconocible que a miles de personas no les ha hecho falta leer uno solo de sus poemas para saber que es él —por poner dos ejemplos— quien protagoniza la foto clásica de Lola Álvarez Bravo (la frente amplia, el cabello engominado, los lentes de Harold Lloyd y el nardo en el ojal) y quien inventó los poemínimos y el cocodrilismo.

José Emilio Pacheco, el mejor lector de la obra huertiana, fue el primero en descubrir la presencia vinculada de dichos asuntos. A dos meses de la muerte del poeta guanajuatense,

Pacheco señaló la importancia de su prosa para elaborar el relato biográfico que aquél no escribió y sigue disperso en sus miles de páginas. En la entrada “Biografía” del artículo titulado “Suplemento de 1982 al ‘Esquema para un diccionario (abreviado) de la poesía de Efraín Huerta’” (*Proceso*, 17 de abril de 1982), escribió JEP:

Huerta no pensó mucho en el sitio que le reservaría el impredecible *hit-parade* de los muertos. Al despreocuparse por lo que aún seguimos llamando “posteridad”, no escribió memorias. Tal vez podrían entretenerse con los recuerdos, imágenes y estampas que dejó aquí y allá a lo largo de su inmensa labor en prosa. Prosa que él llamaba “ligera”, análoga a lo que en inglés se designa como *light poetry*, y que, por cierto, sólo en mínima parte se halla recopilada: *Textos profanos* (1978) y *Prólogos* (1981).

A su vez, sobre el apasionante asunto del personaje poético de sí mismo inventado y puesto a transcurrir por Huerta a través de sus páginas, también es José Emilio Pacheco quien aporta la intuición original, esta vez en su artículo “La rebelión contra lo indecible” (*La Cultura en México*, 648, julio de 1974), dedicado a reseñar *Los eróticos y otros poemas* (Joaquín Mortiz,

1974) si bien sus observaciones son aplicables al resto de la obra efrainiana:

El protagonista de *Los eróticos y otros poemas*, el ser que vive y habla en el espacio de la escritura [...] se llama, arquetípica más que autobiográficamente, El Poeta y sólo a veces puede (con) fundirse con la persona del autor. Alter y Ego como el Harry de las *Dream songs*, de John Berryman, El Poeta es melancólico y eufórico, gregario y misántropo, irrisorio y grandioso, tierno y soez. Lleno de deseos irrealizados e irrealizables, encarna, a semejanza de Baudelaire, el fundador de la poesía de las ciudades modernas, en un *flâneur* errante por las calles de esta Babel degradada, de esta Bagdad agonizante [*se refiere JEP al DF*] que es después de todo el mundo que nos limita y nos define. El Poeta es lo contrario del *dandy* que trataron de representar sus antepasados modernistas. Su proyecto resulta más natural: ser un ciudadano, un capitalino que viaja en los camiones y en el Metro [...]

Una conclusión, me parece, asoma sus narices con naturalidad: como pocas en la tradición hispanoamericana, la obra de Efraín Huerta (en verso y en prosa) se ve orientada de forma perdurable por el propósito de leer la realidad como una forma de leerse a sí mismo. O dicho de otra manera: de leer la realidad sirviéndo-

se de sí mismo como filtro. E incluso de esta otra: de leerse a sí mismo como la primera (si no es que la única) realidad cognoscible.

De lo cual se desprende una consecuencia práctica admitida sin dificultad por sus lectores y sus críticos: leer sus poemas, sus artículos periodísticos, sus conferencias y sus prólogos conlleva inevitablemente acompañar en su andadura diaria al sujeto irritado y bromista, enamorado y jugueteón, necio y populachero, culto y entrañable que los escribió.

### III. VIDA EN LA HISTORIA

Con el nombre de Efrén Huerta Romo (que luego abandonó), Efraín Huerta vino al mundo en la casa familiar, ubicada en el número 36 de la calle 5 de mayo, en el municipio de Silao de la Victoria, Guanajuato, el jueves 18 de junio de 1914.

La sola mención de ese lugar y esa fecha suscita dos evocaciones históricas —una luminosa y otra sombría—, las cuales, más temprano que tarde, Huerta debió de considerar, la una con orgullo y la otra con escalofrío. La evocación luminosa es ésta: Silao se llama “De la Victoria” porque en sus llanos reseco y asoleados se realizó el 10 de agosto de 1860 una

de las más importantes batallas de la Guerra de Reforma. Con prosa inmejorable, el *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México* (el mismo que en su 3ª y 4ª edición, publicadas respectivamente en 1971 y 1976, asentó que Huerta había muerto “en la Cd. de México en 1968”) la reseña así:

En esa batalla, el jefe liberal Jesús González Ortega, llevando como subalternos a Ignacio Zaragoza y a Ignacio Alatorre, derrotó completamente al general Miramón, que mandaba a varios jefes conservadores destacados y contaba con 5 mil hombres. Las fuerzas liberales eran superiores numéricamente. La caballería constitucionalista al mando de Carbajal, batió a la famosa caballería de Mejía, cuyas fuerzas huyeron y se dispersaron. Los conservadores huyeron después de más de tres horas de durísimos ataques, dejando en poder de los liberales toda su artillería, bagajes, municiones y pertrechos de guerra. El número de prisioneros hecho por la tropas constitucionalistas fue considerable, contándose en él varios generales, jefes y oficiales (1995: 3281).

A su vez, la evocación sombría fue hecha por José Emilio Pacheco, en el prólogo a *Efraín Huerta: Absoluto amor* (Gobierno del Estado de Guanajuato, 1984), la utilísima compilación

documental de Mónica Mansour. Precisamente teniendo en mente ese 18 de junio de 1914 en que Huerta nació, Pacheco recuenta en dos párrafos de cita obligada ese panorama de tragedia global (el término aún no se inventaba):

Faltan sólo diez días para que se derrumbe la Bella Época cuando Gavrilo Princip da muerte en Sarajevo al archiduque Francisco Fernando y a su esposa. Los *marines* acaban de invadir Haití *para preservar el orden*. El 14 de abril han desembarcado en Veracruz contra la resistencia heroica del pueblo. Los irlandeses se levantan en Dublín contra la dominación inglesa. El primero de agosto el imperio alemán declara la guerra a la Rusia zarista.

Cuando Efraín Huerta tiene cinco días de nacido, el 23 de junio, Francisco Villa al frente de la División del Norte aniquila en Zacatecas al ejército huertista. El 8 de julio Álvaro Obregón entra en Guadalajara. El 14 renuncia Victoriano Huerta y escapa con la mayoría de quienes intentaron restaurar el porfiriato. El 20 de agosto Venustiano Carranza llega a la capital y asume el poder ejecutivo. El 16 de octubre se inicia la convención de Aguascalientes. No hay punto que concilie los intereses representados por Carranza y los que encarnan en Villa y Zapata. Comienza la guerra civil. El Primer Jefe se refugia en Veracruz. El 14 de diciembre los ejér-

ritos campesinos conquistan por breve tiempo la ciudad de México...

Aducir en la extensión con que se dan las citas del *Diccionario* y de José Emilio Pacheco tiene un propósito: recordar que Huerta nació en medio de una terrible encrucijada histórica para México y para el mundo, cuyos efectos ominosos no sólo no habrían de atenuarse o desaparecer con el paso de los años, mientras él crecía y se hacía escritor, sino que incluso se multiplicarían hasta desembocar en lo que Niall Ferguson llamó “el siglo más sangriento de la historia moderna”, y en otro momento “la Edad del Odio de la Historia”.

Dicho lo cual, no puede sino compartirse el categórico dictamen con que Pacheco cierra su siniestro recuento de los horrores vigesémicos que enmarcaron, determinándolas, la infancia y la adolescencia de Huerta y en general de su generación: “En el sentido más literal y descarnado, los tres escritores nuestros nacidos en 1914: Paz (marzo 31), Huerta (junio 18) y Revueltas (noviembre 20) son los hijos de la revolución mexicana y de la primera guerra mundial”.

Puesto en ese funesto escenario, la formación de Huerta como individuo y como escri-

tor habría de estar signada por varios de los rasgos omnipresentes durante el primer tercio del siglo veinte mexicano: la inestabilidad política, el miedo a la violencia bélica, la escasez material surgida de la devastación revolucionaria y del crack bursátil de 1929 al que siguió la Gran Depresión, el dolor, y paradójicamente, también, el espíritu de reconstrucción social y el surgimiento de la esperanza.

En su caso particular, Huerta vio transcurrir los primeros quince años de su vida sin adquirir una conciencia nítida sobre la crudeza del entorno mexicano, con todo y que al lado de los suyos padeció en esos años etapas en verdad críticas originadas por el desorden del país y del mundo. Tras sus cuatro años iniciales de vida en Silao, la familia se trasladó a Irapuato, en donde el padre se estableció como abogado y Huerta, al tiempo que cursaba los dos primeros años de primaria, tuvo su primer empleo, limpiando los discos y componiendo las cajas tipográficas en una imprenta. El periplo continuó en León, donde cursó tercer y cuarto grado, y donde, también (en feliz broma de Cristina Pacheco) “tuvo su primer contacto con el periodismo”, dado que vendía periódicos en los portales, de los que (según confesión propia) “nada más leía las secciones amenas, pero

no me acuerdo de ninguna; de lo que sí tengo memoria es de que ya leía el *Excélsior*".

Vino luego la mudanza a Guanajuato, ciudad de los peores recuerdos, pues ahí murió la hermana "Melita" y ahí los Huerta Romo soportaron los días de la "pobreza espeluznante" que más adelante evocaría mediante el registro escueto y machacón de la única dieta que les alcanzaba: "atole, piloncillo, frijoles, tortillas; tortillas, frijoles, piloncillo, tortillas".

Consumado el divorcio de sus padres, en 1924 la madre y los cinco hijos viajaron a Querétaro, con la idea de hacer de esa ciudad una estación de tránsito antes de su llegada al verdadero destino: la Ciudad de México. Sin embargo, el estallamiento en diciembre de 1923 de la rebelión delahuertista obligó a los hermanos, a doña Sara y al propio Efraín a quedarse ahí por temor a los efectos de la nueva reactivación bélica en la capital, de donde salían los aviones de combate De Haviland DH-48 cedidos por el gobierno de Estados Unidos que, por órdenes de Álvaro Obregón, bombardearon sin piedad las posiciones rebeldes en Jalisco, Morelos, Hidalgo, Guanajuato, Colima, Tabasco, Veracruz, Oaxaca y Yucatán. Así es que, contra el plan original de la familia, terminaron viviendo varios años en la capital queretana, recordados

por Huerta así: “En Querétaro viví seis años. Me pasaba todo el tiempo dibujando, jugando futbol y trabajando. Era gritón de la lotería. El premio mayor era de 5 mil pesos y el boleto debe haber costado tal vez 50 centavos, un peso cuando mucho”.

También por otra razón la estancia en Querétaro es relevante en la formación del hombre que sería después. En esa ciudad realizó, a los 15 años de edad, su primera actividad política documentada, al fungir como representante de casilla del Gran Partido Socialista del Centro de Querétaro en las elecciones para diputados y ayuntamientos de agosto de 1929 (en su compilación documental, Mónica Mansour reproduce el oficio que lo acredita con ese carácter).

Sólo un año después, en 1930, se consuma al fin el acontecimiento que tanto habría de influir en la formación del universo poético y del sistema de convicciones de Huerta: su llegada a la Ciudad de México. Una coincidencia poco mencionada es la que explica el profundo efecto operado por esa última mudanza, cuya importancia sería imposible exagerar: el tránsito de la provincia a la metrópoli —por sí mismo impactante por el contraste de ritmos vitales, pruebas y escenarios—, coincide en Huerta

con otra transición, en este caso interna y de personalidad, en la que paradójicamente (y típicamente también) se celebra el vigor de la adolescencia pero se odia la identificación con la condición adolescente; en que se asumen los *plenos poderes* de la juventud pero se rechaza cualquier asociación con sus rasgos tópicos (ingenuidad, inexperiencia, cursilería, ausencia de compromiso, etc.)

La inmersión en la gran ciudad fue, además de inmediata, intensísima e inolvidable por las razones más diversas y hasta insólitas, como una que reveló a Cristina Pacheco en la célebre entrevista publicada 4 de junio de 1978, varias veces citada aquí:

—Supongo que esos años, la simple llegada a la capital, debieron ser decisivos para tu formación.

—Pues claro. Imagínate que en 1930 dormí por primera vez a cincuenta centímetros del suelo [...] Sí, porque antes dormía no más así, en el puro petate. Me compré mi primera cama, era un catre de tijera.

La familia se instaló primero en la céntrica calle de Paraguay y, un poco después, en la de Jesús Carranza, a un paso de Tepito. En 1931, tras ser rechazada su solicitud para inscribirse

en la Academia de San Carlos como alumno de dibujo, Huerta ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria de San Ildefonso, pero no a la sección ordinaria sino a “la perrera” de San Pedro y San Pablo, a donde se remitía a los alumnos irregulares y a los de mayor edad a la que es preceptiva para cursar el bachillerato. Esas y otras circunstancias proveyeron a Huerta de un eficaz conocimiento de los sitios y aspectos de la ciudad que no se revelan con sencillez ni a los burgueses ni a los turistas. Gracias a que un colega de escuela era boletero en el teatro “María Guerrero”, se volvió asiduo del teatro frívolo, en donde “lo bonito era ver a aquellas diosas fingiendo que se desvestían”. Y pronto también pudo decir: “La ciudad nunca me dio miedo, ni siquiera por venir de la provincia: para mí, el mundo era Garibaldi y los rumbos de por allá” (Pacheco, 4 de junio de 1978).

Como no podía ser de otra manera para un joven ya habituado como lector, los descubrimientos intelectuales vinieron al parejo. En “la perrera” tuvo como profesores a Nicolás Rangel y a Dionisio Montelongo. Luego, ya como alumno regular en San Ildefonso, en el grupo A-1 fueron sus compañeros Rafael Solana, Ignacio Carrillo Zalce, Carlos Villamil, Guillermo Olguín, Enrique Ramos y Cristóbal

Sáyago (joven acomodado, quien compraba y prestaba los libros inaccesibles a sus compañeros). Pudo ahora sí ver ya como iguales a los jóvenes que hacían entonces la revista juvenil más conocida, *Barandal*, e hicieron luego *Cuadernos del Valle de México*: Octavio Paz, Rafael López Malo, Enrique Ramírez y Ramírez, Salvador Toscano, José Alvarado. Sea en los libros prestados por Sáyago (copiados íntegros en libretas durante la noche y devueltos al día siguiente) o durante las tardes estudiosas en la Biblioteca Iberoamericana, las lecturas de Huerta se multiplicaron: todo Valle Inclán (lo llama “Don Ramón”), Alfonso Reyes, Unamuno, Luis Cernuda, Stendhal, Díaz Mirón, Vicente Aleixandre, Marcel Proust, Juan Ramón Jiménez, Gerardo Diego, Pedro Salinas, José Moreno Villa, Salvador Novo, Jean Cocteau, Aldous Huxley, Ortega y Gasset, Paul Valéry, Benjamín Jarnés, Ramón Gómez de la Serna, sin dejar de lado a quienes, tras ingresar a Leyes en 1933, fueron sus maestros y también escribían: Julio Torri, Agustín Loera y Chávez, Antonio Caso y Francisco Monterde, entre otros.

No obstante, contra lo que dictaría el mito que más tarde rodeó su figura, la adaptación a la gran ciudad no fue tersa ni careció de ten-

taciones de restauración provinciana, como lo revelan sus repetidos regresos a Irapuato (en donde el padre conservaba su despacho) y a Querétaro (para encontrarse con los amigos que “es terrible —anota en una carta de 1933—, no hacen otra cosa que preguntarme ‘¿ya no juegas fútbol?’ Digo que sí, inventando un equipo”), así como sus cartas a Mireya Bravo, un filón documental aún por explorar. Le dice, por ejemplo, en una del 8 de septiembre de 1933: “Parece que soy otro en Irapuato. A todo le encuentro detalles hermosos. Al jardín, a las calles lavadas; los campanarios me dicen más que hace años”.

Concretamente Irapuato mantuvo durante los primeros años de su residencia en la Ciudad de México el carácter de universo asequible para el reencuentro con los escenarios campiranos de la infancia, para la obtención de un reconocimiento menos disputado, para la práctica incipiente de la agitación política y, por supuesto, para la invención de sí mismo como escritor en un terreno donde el protagonismo social del padre era a la vez escudo y obstáculo, según todo ello se trasluce en una carta de 1934:

M.B.: ¿Te acuerdas de mis primeras andanzas periodísticas en *El Estudiante*? Pues bien, como ese periódico está bien muerto, ya que Manuel se fue a Guanajuato, su hermano trabaja ahora en otro, *La Lucha*, semanario también de crítica municipal y sus artículos queman y estorban a todo el mundo, desde el Presidente Municipal, jueces, ediles y paisanos. En el próximo número saldrá algo mío. Me exigen que hable de mis temas favoritos: calles, edificios, monumentos, etc. Hoy mismo escribo el artículo, con más ánimo todavía si es que hoy tengo carta tuya. Mi nombre no saldrá a relucir, porque mi jefe es íntimo de los munícipes. Todos los señores de la redacción son ya personas serias, algunos casados y tienen responsabilidades. Dos de ellos han entrado al ‘bote house’ por sus artículos. Pero Luisito Prado me dijo el secreto, lo que los mantiene a flote: los apoya el jefe de las Operaciones Militares en el Estado, General Rivas, enemigo del Presidente. También daré un poema con tema del Bajío. Si hay publicación de lo mío, te mando recortes. Te quiere tu hermano poeta. Efraín.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> La carta obra en el “Archivo epistolar de Efraín Huerta a Mireya Bravo (1933-1949)”, depositado en la Biblioteca Nacional. Cynthia Elizabeth Briones citó de ella un pasaje más corto que éste en su libro *El testimonio histórico en la vida y la producción intelectual de Efraín Huerta* (Universidad de

Además del buen conocimiento que para sus años denota sobre los entresijos del sistema político emanado de la Revolución en su escala municipal (represión de la prensa, pugnas ocultas entre los estamentos civil y militar, etc.), la carta ofrece una revelación del mayor interés: no había cumplido Efraín Huerta los 20 años y ya su escasa obra, y la divulgación entre sus amigos de sus gustos, habían configurado en torno suyo el prestigio de “escritor de la ciudad”.

Lo singular del caso es que dicho prestigio se había formado fuera de la Ciudad de México y sobre la base de escritos que no le estaban dedicados a la gran urbe, como es el caso del primer texto en prosa de Huerta que se ha documentado: “Estética de la calle”, publicado en *El Estudiante*, “quincenal estudiantil de información” editado en Irapuato y correspondiente al mes de septiembre de 1933 (vale la pena transcribirlo completo):

La calle es el sitio de las expansiones sanas de un pueblo; el lugar donde la comunicación toma su mayor apogeo. La calle es la arteria por la cual fluye la corriente humana de empleados,

---

Guanajuato, 2012) y tuvo la gentileza de remitirme la transcripción del párrafo completo.

obreros y campesinos de ancho sombrero bordado. Los desfiles marciales de las tropas grises dan a la calle su mayor esplendor. El piropo a la hembra morena, el piropo fino, lleno de gracia, brilla en la calle como brillan los ojos negrísimos de la mujer halagada.

Sobre las piedras pulidas de la calleja mexicana caerán eternamente los arrullos de las campanas centaveras que hicieron más suave la muerte del poeta de la voz sonámbula y picante.

Irapuato, ciudad de tradiciones desconocidas para el noventa y nueve por ciento de sus habitantes, hace de sus calles el mayor encanto posible.

En el tiempo seco, la desconcertante vía de nuestra ciudad se vuelve caliente, polvosa y quemante como una calle de la moderna Alejandría, ciudad que, por cierto, no conozco.

El polvo gris de la sequía llena a Irapuato de visiones acertadamente desérticas. Con la lluvia es muy distinto. Entonces las calles presentan en cada esquina, en cada media calle, pequeños laguitos de agua por desgracia sucia en los que se reflejan los escandalosos y chillantes tonos colorados y azules de las decoraciones que los poco artistas pintores de olla ponen en las fachadas de las casas.

¡Cómo me divierten los barquitos de papel que la muchachería arroja a la corriente cuando la ciudad está azotada por los restos de algún

ciclón tropical que con el mayor de los gestos olímpicos nos ha despreciado!

Las calles de Irapuato son calles para saltimbanquis profesionales; para estetas del salto con impulso; para figurines del salto con garrocha.

¡Tan poético es el tema que suministra un irapuatense saltando cualquiera esquina inundada con un palo para tender ropa!

Sin embargo, insisto que el tema de la Estética de la Calle me apasiona.

Como se ve, “Estética de la calle” recoge con una espontaneidad no exenta de candor las expansiones líricas de un joven de 19 años que se emociona de emocionarse y de descubrir que tiene la facultad natural para reconocer maravillas en la más humilde avenida de una ciudad pequeña. Sin incurrir en la impostación, el breve escrito es también el homenaje que el incipiente poeta le dedica a Ramón López Velarde, a quien llama en el segundo párrafo “el poeta de la voz sonámbula y picante”, y en cuya estela inscribe sus ensayos de adjetivación desusada (“las campanas centaveras”, “la desconcertante vía”, “las visiones acertadamente desérticas”), sus notas de humor implícito y hasta la sinceridad de su confesión final.

Sin embargo, con aportar un indirecto pero justo indicio de los intereses temáticos, las influencias literarias recibidas y la visión estética en formación del joven escritor, el breve texto no refleja otro rasgo de su perfil intelectual que entonces ya había comenzado a gestarse y se mantendría invariable durante el resto de su vida: la concepción de la escritura —en cualquiera de sus realizaciones genéricas: poemas, crónicas, artículos— como un testimonio individual sobre los acontecimientos del mundo que conmueven, causan dolor, y violentan la integridad y la paz personal del escritor y —de acuerdo con su visión— también las de la especie humana.

#### IV. VIDA EN LA POESÍA

*Un retrato es una biografía. Una novela es un documento, como puede serlo un gran poema.*

EFRAÍN HUERTA (1937)

De acuerdo con documentos que subsisten (cartas, apuntes personales, recortes), la formación de una conciencia política nítida en Efraín Huerta tuvo su primera fase entre los 16 y los 20 años del escritor. Su hija mayor,

Andrea Huerta Bravo, conserva, por ejemplo, unas libretas de 1932 con los apuntes de la clase de Economía, en las que los resúmenes, las notas personales y los subrayados de Huerta traslucen con claridad el oriente de sus convicciones y de su posterior definición ideológica. Entresaco de una libreta algunos apuntes:

Concepto y definición de ciencia económica.- Relaciones de ésta con otras disciplinas.- Relaciones de la economía y el derecho.- Interpretación marxista del fenómeno jurídico.- Opinión del alumno sobre el problema. Léase “Marx como hombre de acción y como pensador”, artículo de Lenin en *Los fundamentos del marxismo*. [Estudiar] las definiciones que presenten mayor interés: Marshall, Fairchild, Johnson, Wagner, Bogdanoff, Bodin, Brentano: La economía política es la ciencia de las relaciones que se establecen entre los hombres en vista de la satisfacción de sus necesidades (*Précis d'Economie Politique*). Del contenido de las anteriores definiciones se concluye que la materia de estudio de la Economía es el hombre tratando de satisfacer sus necesidades por medio de bienes, o, en otros términos, todo proceso económico lleva implícitos tres elementos: necesidad, esfuerzo y satisfacción.

En conclusión, apunta en otra parte, como señala Marx en *Zur Kritik der politischen Oekonomie*: “El modo de producción de la vida material determina, de una manera general, el proceso de la vida social, política y espiritual” (Huerta transcribe la frase en alemán y pone enseguida la traducción al español).

Con todo, como lo documenta Emiliano Delgadillo en su valiosa tesis<sup>4</sup>, la configuración ideológica de Huerta debe menos a las lecturas teóricas que a las lecturas literarias, cuyas huellas son reconocibles en sus escritos tempranos y sobre las cuales, además, el joven fue dejando registro puntual en las llamadas “Damas negras”—unas libretas de forma francesa, con las cubiertas, precisamente, de color negro, en las que durante años copió poemas y libros enteros, reunió frases y pasajes de sus autores favoritos, o escritos breves solicitados *ex profeso* a ciertos amigos. A partir de tales indicios, sabemos que, desde 1933, Huerta leyó la *Hoja literaria* editada en Madrid por Arturo Serra-

<sup>4</sup> Se trata de su tesis de licenciatura y lleva por título “La fragua de *Los hombres del alba* de Efraín Huerta: 1935-1944” (UNAM, 2014). No obstante el hecho de seguir inédita (esperemos que pronto abandone esa condición), ha sido citada por varios autores; por mi parte, cito del ejemplar que me fue obsequiado por su autor.

no Plaja, Antonio Sánchez Barbudo y Enrique Azcoaga, de uniforme contenido militante; que fue de los primeros en el país en estudiar a fondo las dos influyentes antologías de Gerardo Diego —*Poesía española 1915-1931*, publicada en 1932, donde descubre a Larrea, Prados, Aleixandre, Cernuda y Altolaguirre, y *Poesía española. Contemporáneos*, de 1934—; y que se vio hondamente conmovido al leer en 1934 la nota de Rafael Alberti a su libro *Poesía 1924-1930* (Cruz y Raya), donde dice, con un radicalismo que desde entonces le imitó: “Publico la mayor parte de mi obra poética comprendida de 1924 a 1930 por considerarla un ciclo cerrado (contribución mía, irremediable, a la poesía burguesa) [...] A partir de 1931, mi obra y mi vida están al servicio de la revolución española y del proletariado internacional”.<sup>5</sup>

De manera inevitable, la mención de Alberti remite a 1935, año axial en la vida de

<sup>5</sup> Dedicado por Alberti en “septiembre de 1935”, Huerta tuvo entre sus tesoros el ejemplar 196 de ese libro, en cuyas páginas, tanto como los poemas, latía para él esa frase tajante que luego citaría en varios escritos de épocas diversas (el libro, junto a otros cientos que pertenecieron a Huerta, se conserva en la biblioteca de la Casa del Poeta “Ramón López Velarde”, en la colonia Roma de la Ciudad de México).

Efraín Huerta, por lo menos por tres razones. Una, política: su ingreso a la Juventud Comunista y su afiliación a la Federación de Estudiantes Revolucionarios. La segunda, literaria: la aparición de su primer libro, *Absoluto amor* (Fábula, 150 ejemplares), aunada a la escritura de los primeros poemas que más tarde formarían *Los hombres del alba* (1944), su libro central, fraguado durante nueve años. Y la tercera, al fin, vital en el más ancho sentido: los meses —entre mayo y septiembre— de convivencia personal con Rafael Alberti, llegado a México procedente de la URSS, rodeado de un aura irresistible para el joven veinteañero (por su participación en la huelga de los mineros asturianos de 1934; por su condición de exiliado político; por la cercanía amistosa con que hablaba de García Lorca, Aleixandre, Hernández y de sus otros dioses literarios), experiencia que años después recordaría así: “En sus luminosos treinta y tantos años, el poeta era algo más que un torbellino: un ciclón avasallador y encantador”.

Sumado a esos hitos de la órbita personal, Huerta había venido experimentando diversos momentos críticos de reflexión y análisis ante acontecimientos del entorno nacional y mundial: el panorama de ruina, pobreza y

desigualdad descubierto (y en algunos casos ocasionado) por la Revolución mexicana; la llegada de Lázaro Cárdenas a la presidencia de la República, seguida de un amplio programa de reformas sociales; el ascenso y consolidación del comunismo en la Unión Soviética y del fascismo en Italia y Alemania. Y en un punto central de su atención, los repetidos asedios a la República española, rematados en julio de 1936 con la sublevación militar encabezada por Francisco Franco, que detonó la Guerra Civil.

Como vio con acierto Guillermo Sheridan, la sociedad mexicana, sobre todo a partir del inicio del conflicto español, adoptó una actitud nueva y encomiable, inusual en décadas anteriores: la de “vivir como propias querellas que escapaban los límites de su nacionalismo”, y la de cultivar “una fraternidad intelectual inédita con el mundo, dada la naturaleza internacional de los conflictos”. Exponentes se diría que modélicos de esa actitud, Huerta y otros miembros de su generación (de manera señalada Octavio Paz), pronto supieron ver que la Guerra Civil Española no era una guerra más, sino una confrontación, como escribió entonces el guanajuatense, “donde se decide algo, ¡y qué algo!, que será una victoria para todos los

hombres, o una regresión a lo más humillante del mundo: la barbarie”.

Movido por esa convicción, a partir de ese punto Huerta desarrolló en su poesía y en su prosa una suerte de perdurable estado de beligerancia contra los enemigos de la libertad y de la paz, y también contra quienes, según su parecer, respondían con indiferencia o con miedo a las exigencias de la hora trágica. Escribe en un artículo de la época, intitulado “Llanto en la sangre”:

La presente es una hora intranquila, asesinada pausadamente por los cuchillos ignominiosos y los gruesos insultos de los grandes y pequeños canallas de Asia y Europa; es una hora desenfundada, beligerante, luchadora. No es la de los “tranquilos tiempos” de la hipócrita quietud y el recogimiento, cuando los hombres podían sollozar limpiamente de melancolía y fría y calculada tristeza. Y no es ésta precisamente una hora para las innobles lágrimas del despechado o del engañado por confiado. En los ya clásicos “tiempos tranquilos” las lágrimas, por ejemplo, corrían porque sí, por falta de pudor, por ostensible escasez de dignidad. Ahora no.

Ahora se llora de rabia, de impotencia algunas veces, de impulso loco las más; se llora despiadadamente por querer salvar una noble causa martirizada por las astillas de la traición. Los

hombres conscientes tienen derecho a llorar ante la fría noticia cablegráfica de un bombardeo: Gijón, Lérida, Barcelona, Valencia, Madrid, Shanghai, etcétera. Y esto no es falso sentimentalismo, ni propensión infantil a la tragedia, ni ligera teoría construida para salvar dificultades, ni excusa para con ciertos acontecimientos presenciados aquí, en la ciudad de México. Esto es una explicación de la verdad herida, feamente lastimada por las lágrimas irrefrenables. Es una querrela entre el llanto de las mujerzuelas y el de los hombres recios crecidos al calor de la poesía, de las represiones sangrientas, al tumulto de las batallas y los asesinatos, al crispante escándalo de los aviones fascistas de bombardeo, al desquiciante espectáculo de los niños convertidos en agujas de carne humeante (Huerta, 16 de noviembre de 1937).

Sin alejarse de señalamientos en ese registro —que implican la identificación del poeta con el soldado y de la escritura con un instrumento de combate—, en otros artículos de ese mismo periodo Huerta pasa a indicar la postura que a su entender compete al escritor. Dice en el texto “Alrededor de un cuento que no se escribirá”:

El dilema es: obra vital o antivital. No estamos para amarillismos ni subjetivismos. Queden las cosas blandengues y susurrantes para los que

heroicamente alientan en la provincia, o en el subsuelo de la capital. Los tiempos que sufrimos no permiten dulzuras, ni menos escritas a propósito y porque nos da la gana. El tierno pañuelo, el frágil beso enviado por unas manos temblorosas, los rostros avinagrados y el fastidio por sistema, no caben, no riman con la época. (Huerta, 28 de noviembre de 1937)

La división tajante que Huerta propone entre obra vital y antivital tiene un doble objetivo, no exento de maniqueísmo: por un lado afirmar su propia elección a favor de la primera categoría, y por el otro plantear una suerte de llamado a la conversión a quienes se dedican “al virtuosismo egoísta”, y por lo tanto se inscriben en la segunda. Enseguida —y como argumento de convicción para que sea admitida su postura favorable en esa artificial división, menos literaria que moral—, Huerta se permite declarar en varios artículos periodísticos de 1936 a 1938 su propia experiencia de desengaño y de transformación interior, la cual describe como una especie de iluminación instantánea, con todo y que (según se viene revisando) debió de darse de una manera gradual, en respuesta al imperativo moral dictado por la fuerza trágica de los hechos. Entre sus artículos, el ejemplo típico mediante el cual describe



Y ahora, cuando nada nos pasa desapercibido,  
denunciamos a los traidores, a los huecos poetas  
que nos cantaron *nanas* deliberadamente  
y nos dieron calmantes y narcóticos  
distrayendo atenciones, ennegreciendo vidas.

En ese mismo año y mes, en la revista *Crítica y orientación popular*, se publica el célebre poema “Declaración de odio”, y el motivo reaparece:

Y si te odiamos, linda, primorosa ciudad sin  
esqueleto,  
no lo hacemos por chiste refinado, nunca por  
neurastenia,  
sino por tu candor de virgen desvestida,  
por tu mes de diciembre y tus pupilas secas,  
por tu pequeña burguesía, por tus poetas  
publicistas,  
¡por tus poetas, grandísima ciudad!, por ellos y  
su enfadosa categoría de descastados,  
por sus flojas virtudes de ocho sonetos diarios,  
por sus lamentos al crepúsculo y a la soledad  
interminable,  
por sus retorcimientos histéricos de prometeos  
sin sexo  
o estatuas del sollozo, por su ritmo de asnos en  
busca de una flauta

Una nueva estación se localiza en “La poesía enemiga” (imposible atribuir un título más explícito a un poema que nada tiene de transpa-

rente, ni mucho menos resulta declamatorio), publicado en diciembre de 1938, en el primer número de *Taller*, la revista que terminaría dando nombre a su generación:

Voces que nadie oye  
y que las buenas lenguas convierten en  
angustia,  
sabiendo que no son sino espectros de  
estertores  
lanzados allá en el dorso de otros tiempos  
por espinas ahogadas en los ríos,  
por espejos y rosas transformadas en prisa.

Enseguida, y como prueba de que Huerta era capaz de abordar un mismo asunto con diferentes tesituras, el *leitmotiv* compromiso versus egoísmo vuelve a surgir en “Esa sangre”, poema de 1938, considerado por José Emilio Pacheco “uno de los mejores poemas que escribieron los mexicanos sobre la España de 1936-1939”. Ahí, el poeta directamente asocia el imperativo de la escritura comprometida al enfrentamiento ineludible con el horror de la sangre derramada:

Yo era. Yo era simplemente  
antes de ver esa sangre.  
Ahora soy, estoy, completo,  
desamparado, ensordecido,

demasiado muerto para poder, después,  
ver con serenidad ramos de rosas  
y hablar de las orquídeas

Al fin, enriquecido y transformado, el tópico reaparece en “Poema del desprecio”, de 1943, escrito magistral que admite la lectura autobiográfica y cierra *Los hombres del alba*, su libro central, publicado el año siguiente:

I  
Yo viví en otro tiempo,  
en cielo y sueño ajenos,  
en un grave y pausado cementerio,  
en la aridez navegable del hastío.  
Llegué a ofrecer mi sangre,  
mi aguda sangre de loco minucioso,  
por esta idea o hambre [...]

Vendido a la esperanza  
y a la breve gacela de la ternura,  
derramé un frágil llanto  
sin sentido ni gracia;  
y la bestia, la vida,  
en amargos insomnios  
me dio apenas el ansia  
de la agonía y el crimen.

Sea por la lectura de los artículos o sólo de los poemas, la conclusión es clara: el poeta no podrá ya jamás “ver con serenidad ramos de rosas

/ y hablar de las orquídeas”. Antes al contrario: porque no puede ser de otra manera, Huerta está convencido que el escritor —por serlo, para serlo— tiene el ineludible deber de tomar partido ante “la vida en bruto” y “lo podrido del planeta”, de recoger la voz de los desgarramientos humanos y de quitarse de los ojos las “cruels raspaduras de vidrio que nos impiden ver lo que se mueve terriblemente”. En una palabra: la obligación de ser actor y no testigo; profeta y no simple “levantador de actas”.

#### V. POESÍA EN LA HISTORIA

Antigua como la literatura misma, la especie de la “literatura comprometida” tiene entre sus ilustres cultivadores a Aristófanes, Platón, Menandro, Sófocles, los profetas bíblicos, Marcial, Petronio, Cicerón, Fernando de Rojas, François Rabelais, Miguel de Cervantes y Francisco de Quevedo, por mencionar sólo algunos y detenernos en el siglo XVII. En la lectura de esos y otros autores y, sobre todo, en la lectura de la conflictiva realidad que vivió, Efraín Huerta forjó su idea personal y su específica modulación de la escritura testimonial, también llamada “de protesta” y “social”.

Contra la percepción infundada de sus admiradores superficiales tanto como de sus censores —los primeros al soñarlo como un héroe, y los segundos al juzgarlo como un poeta vendido a los *soviets*—, la postura de Huerta sobre la forma de llevar la realidad histórica a la literatura sólo ocasionalmente consideró la práctica del poema de combate o del poema utilitario. Eso no significa que Huerta haya practicado nunca una escritura aséptica y desvinculada de la Historia y de su historia. Todo lo contrario: las ideas sociales y políticas de Huerta están presentes siempre en su obra poética y prosística y no son allí un escollo sino una presencia vivificadora fundamental e irrenunciable. Lo que ocurre es que esas ideas (¿podría ser de otra manera?) se modificaron con el paso de los años, y acaso sea mejor decir que, sin alterar su esencia humanista y libertaria, se despartidizaron y regresaron a su condición más universal, al dejar de asociarse con una elaboración teórica e ideológica en particular (la marxista, y luego la socialista de Lenin y los revolucionarios de 1917, hasta llegar a la monstruosa concepción staliniana). La explicación de ese tránsito —que no debe confundirse nunca en Huerta con una renuncia a sus elecciones ideológicas originales, ni mucho

menos con un cambio de signo— es necesariamente múltiple: el desgaste a fin de cuentas natural que todo idealismo sufre al enfrentarse con la áspera realidad; la íntima decepción surgida al observar cómo se posponía por años y décadas la consumación de la anhelada revolución; una nueva jerarquización de su sistema de intereses, como efecto de la cual la política cedió su lugar predominante al amor, al periodismo, al cine, a la bohemia, a sus cinco hijos, a los viajes y al humor.

En una visión esquemática, podrían fijarse tres etapas en esa evolución.

En la primera, iniciada a la par de la década de los años treinta, la llamada “década roja”, la visión social de Huerta se ve condicionada en términos partidaristas, con dos momentos, uno asociado a su militancia comunista (no demasiado regular en términos de disciplina y trabajo interno, tampoco demasiado larga: fue expulsado en 1943) y el otro al periodo de su entusiasta adhesión al proyecto cardenista, cuyo empuje vital se vio frenado en seco no sólo porque el general concluyera su periodo presidencial (como sería natural), sino por el radical cambio de signo ideológico operado en el Partido de la Revolución Mexicana (PNR de 1929 a 1938, PRM entre 1938 y 1946, y desde

entonces PRI) con la llegada de Manuel Ávila Camacho, su sucesor en el cargo.

Durante esa etapa, la escritura de Huerta encuentra las maneras de modular su intención testimonial en una doble fuente de aprovechamiento sucesivo (la observación es de Emiliano Delgadillo). Una, la fuente hispánica peninsular, por medio del ejemplo múltiple de Alberti (su obra de combate y la surrealista también), García Lorca (*Poeta en Nueva York*), Miguel Hernández, Emilio Prados (*Llanto en la sangre* y el *Cancionero para los combatientes* que editó), José Bergamín, Arturo Serrano Plaja (en sus libros y en las formulaciones de la “Ponencia colectiva” leída en el Encuentro de Valencia) y el romancero. Y en un momento posterior la fuente “americana”, a través de la lectura deslumbrada de Raúl González Tuñón (“Las brigadas de choque”, poema, y *La rosa blindada*, libro), Nicolás Guillén (*West Indies Ltd.*), Octavio Paz (“No pasarán” y la “Elegía a un compañero muerto en el frente de Aragón”) y Pablo Neruda: su *Residencia en la tierra* y, en particular, “Sobre una poesía sin pureza”, poema en prosa publicado en *Caballo Verde para la Poesía* que el guanajuatense asumió como credo, seducido por la línea propuesta, compleja,

nada directa y ajena a la rudeza de los “poetas de la hoz y el martillo”. Escribe Neruda:

Así sea la poesía que busquemos, gastada como por un ácido por los deberes de la mano, penetrada por el sudor y el humo, oliente a orina y a azucena salpicada por las diversas profesiones que se ejercen dentro y fuera de la ley.

Una poesía impura como un traje, como un cuerpo, con manchas de nutrición, y actitudes vergonzosas, con arrugas, observaciones, sueños, vigilia, profecías, declaraciones de amor y de odio, bestias, sacudidas, idilios, creencias políticas, negaciones, dudas, afirmaciones, impuestos.

La sagrada ley del madrigal y los decretos del tacto, olfato, gusto, vista, oído, el deseo de justicia, el deseo sexual, el ruido del océano, sin excluir deliberadamente nada, la entrada en la profundidad de las cosas en un acto de arrebatado amor, y el producto poesía manchado de palomas digitales, con huellas de dientes y hielo, roído tal vez levemente por el sudor y el uso.

Corresponden a esa etapa sus primeros dos libros —*Absoluto amor* (Fábula, 1935, 150 ejemplares) y *Línea del alba* (Taller Poético, 1936, 70 ejemplares)—, un tercero de carácter manifiestamente combativo —*Poemas de guerra y esperanza* (Ed. Tenochtitlan, 1943)—, e incluso *Los hombres del alba* (Géminis, 1944), libro

en el cual, según exacta observación de David Huerta, si bien “los momentos explícitos de rebeldía militante, política son relativamente escasos”, transcurre una “corriente subterránea, implícita, de acerba crítica social”.

Y corresponde también la vasta obra periódica realizada de 1936 a 1942, en la que, por contraste, Huerta casi sólo trata temas sociales (el proyecto cardenista, la guerra española y la segunda mundial, la derechización de la política mexicana) e insiste retadoramente en la exigencia para los escritores de “marchar al ritmo del tiempo” y de escribir para el beneficio colectivo. Así lo dice en el artículo “Releyendo a Stendhal”, publicado en *Diario del Sureste*, el 15 de abril de 1937:

Nosotros no tenemos derecho al egoísmo. Nos está prohibida, como la compasión, la lástima. No podemos permitir que alguien repita, por muy joven y tarambana que sea, aquello de “¡Primero yo, después yo y siempre yo, en el desierto de egoísmo que llamamos vida!”, porque lo condenaríamos a muerte moral, sin apelación.

La acusación de egoísmo es relevante, pues precisamente sobre ese rasgo y otros tramposamente derivados (purismo, vaciedad, extranjería) Huerta y otros escritores elaboraron la

argumentación retórica que sustentó la disputa contra el grupo de la revista *Contemporáneos*, polémica inducida y al fin poco duradera en la que no es difícil reconocer también un propósito de instauración generacional por parte de los “talleristas”, Octavio Paz incluido. Escribe Huerta en el texto llamado “Reseña poética de 1937”, publicado en *El Nacional* el 17 de enero de 1938:

Se observa, pues, que existe y vive sin mañas ni pretensiones, un grupo joven, prometedor y curioso. No tienen los libros juveniles alguna fea impaciencia denunciada no hace mucho, malévolamente, por quienes no los comprenden, ni los podrán entender por más lucha que hagan. Hay una ambición, la más noble de las ambiciones, por adquirir solidez, si es preciso por sobre los ataques y las burlas. Por sobre la falta de maestros locales, los jóvenes se lanzan, no a la piratería internacional, sino en busca de la enseñanza mejor ejercida y con más méritos y autoridad.

Una segunda etapa en la evolución ideológica de Huerta puede situarse al mediar la década de los años cuarenta. En ella, sin renunciar a su fe revolucionaria (de la que, en realidad, nunca renegó), Huerta atenuó notoriamente su inclinación a anteponer un filtro ideológico-parti-

dario a su análisis de la realidad, incorporando, a cambio, a su ejercicio crítico y literario un filtro de carácter cívico, de claro acento nacionalista y —por extensión no sé si razonable— antinorteamericano.

Recién expulsado del Partido Comunista, apabullado como millones ante la afirmación irreversible del régimen franquista, ido Cárdenas y llegado Ávila Camacho (y tras él Miguel Alemán...), culminada la guerra contra el fascismo hitleriano, en suma, sin batallas heroicas que dar, Huerta se volcó al periodismo (en particular al de cine, con una producción abrumadora en esa y la siguiente década), a la familia (en 1944, 1945 y 1949 nacieron los tres hijos de su primer matrimonio) y a la promoción de la paz mundial (con el cargo de secretario general del Consejo Nacional de Partidarios de la Paz, viajó a Checoslovaquia, la Unión Soviética, Polonia y Hungría).

En lo que toca a su obra poética de importancia, esta segunda etapa vendría a iniciarse con el “Dolorido canto a la Iglesia Católica y a quienes en ella suelen confiar” (1946), calificado por el propio Huerta como “un poeta-panfleto sinceramente cristiano” y primero de una brillantísima serie de manifiestos o proclamas políticas en verso que, en alternancia con su

obra lírica de asunto amoroso, fueron escritos a largo de la siguiente década. Forman esa serie “Perros, mil veces perros” (1954), “¡Mi país, oh mi país!”, “Elegía de la policía montada” (ambos de 1959), y ocupando en ella un sitio de privilegio, “Avenida Juárez” (1956). Poema extraordinario —JEP escribió que a Huerta le bastaría pensar en ese poema y *El Tajín* para dormir tranquilo en espera de la posteridad—, “Avenida Juárez” lo es por varias razones: por su absoluta novedad en la tradición mexicana; por sus poderosas imágenes surgidas de asociaciones inéditas y exactas; por la magistral construcción de una tesitura enunciativa oscilante entre la plegaria y el libelo, incluso por su dosificado efectismo. Transcribo unos pasajes de ese poema fascinante:

Uno pierde los días, la fuerza y el amor a la  
patria,  
el cálido amor a la mujer cálidamente amada,  
la voluntad de vivir, el sueño y el derecho a la  
ternura;  
uno va por ahí, antorcha, paz, luminoso deseo,  
deseos ocultos, lleno de locura y  
descubrimientos  
y uno no sabe nada, porque está dicho que uno  
no debe saber nada [...]

Hay en el aire un río de cristales y llamas,  
un mar de voces huecas, un gemir de barbarie,  
cosas y pensamientos que hieren;  
hay el breve rumor del alba  
y el grito de agonía de una noche, otra noche,  
todas las noches del mundo  
en el crispante vaho de las bocas amargas.

Se camina como entre cipreses,  
bajo la larga sombra del miedo,  
siempre al pie de la muerte.  
Y uno no sabe nada,  
porque está dicho que uno debe callar y no  
saber nada,  
porque todo lo que se dice parecen órdenes,  
ruegos, perdones, súplicas, consignas [...]

Uno mira los árboles y la luz, y sueña  
con la pureza de las cosas amadas  
y la intocable bondad de las calles antiguas,  
con las risas antiguas y el relámpago dorado  
de la piel amorosamente dorada por un sol  
amoroso,  
Saluda a los amigos, y los amigos  
parecen la sombra de los amigos,  
la sombra de la rosa y el geranio,  
la desangrada sombra del laurel enlutado.

¿Qué país, qué territorio vive uno?  
¿Dónde la magia del silencio, el llanto  
del silencio en que todo se ama? [...]

Todo parece arder, como  
una fortaleza tomada a sangre y fuego.  
Huele el corazón del paisaje,  
el aire huele a pensamientos muertos,  
los poetas tienen el seco olor de las estatuas  
—y todo arde lentamente  
como en un ancho cementerio.

Todo parece morir, agonizar,  
todo parece polvo mil veces pisado.  
La patria es polvo y carne viva, la patria  
debe ser, y no es, la patria  
se la arrancan a uno del corazón  
y el corazón se lo pisan sin ninguna piedad.  
[...]

No se tiene respeto ni para el aire que se  
          respira  
ni para la mujer que se ama tan dulcemente,  
ni siquiera para el poema que se escribe.  
Pues no hay piedad para la patria,  
que es polvo de oro y carne enriquecida  
por la sangre sagrada del martirio.

Pues todo parece perdido, hermanos,  
mientras amargamente, triunfalmente,  
por la Avenida Juárez de la ciudad de México  
—perdón, *Mexico City*—  
las tribus espigadas, la barbarie en persona,  
los turistas adoradores de *Lo que el viento se*  
          *llevó,*

las millonarias neuróticas cien veces  
divorciadas,  
los gánsters y Miss Texas,  
pisotean la belleza, envilecen el arte,  
se tragan la Oración de Gettysburg y los  
poemas de Walt Whitman,  
el pasaporte de Paul Robeson y las películas de  
Charles Chaplin,  
y lo dejan a uno tirado a media calle  
con los oídos despedazados  
y una arrugada postal de Chapultepec  
entre los dedos.

Como quizá no podía ser de otra manera, la tercera etapa y final en la evolución intelectual de Huerta se configura a partir de la experiencia terrible de octubre de 1968. La publicación exactamente ese año de *Poesía 1935-1968* (Joaquín Mortiz) y cuatro años después de *Poemas prohibidos y de amor* (Siglo XXI, 1973), ambos con un unánime éxito de ventas y de crítica, constituye la más elocuente declaración de su actitud cimera y última ante la vida y ante la política: desencantada pero no descomprometida; crítica sin dejar de ser gozosa; irónica pero jamás destructiva frente a todas las ideologías y creencias; triste pero feliz; sufriendo, pero por siempre enamorada.

Y no es gratuitamente que atribuyo tal importancia a ambos libros: se trata de un díptico autoantológico que no ha sido leído de forma integrada, tal como fue concebido desde antes de la publicación del primer volumen, según lo señaló el propio Huerta, quien se permitió incluso otorgar a la serie un valor testamentario al indicar que el segundo volumen “podría editarse hasta en forma póstuma”. Vistos entonces de manera conjunta, dichos libros descubren su verdadera condición: constituyen un ejercicio lúcido de crítica y de autocrítica, de ordenación y categorización de la propia obra, y en ese sentido su integración (y digo integración porque todos los poemas incluidos ya estaban escritos y ya se habían publicado) representa también un acto inédito de autolegibilidad y de revelación sobre la forma en que deseaba ser leído. Todo lo cual, por lo demás, fue dicho (y sigue dicho ahí) por el propio Huerta en los respectivos prólogos a tales compilaciones. El más transparente es el antepuesto a *Poemas prohibidos y de amor*, cuya parte final transcribo, a manera de conclusión (nótese, y no es una casualidad, cómo ordena risueñamente su vida en tres etapas):

Cada quien su hora, cada quien su punto de vista. A los 18 años deja uno de ser católico —si lo fue—; a los 28, merece ser expulsado del Partido Comunista; a los 48, ya se puede uno enamorar de Sophia Loren.

Mucho tiempo corrió desde el 20 de Noviembre de 1935, cuando los fascistas “Camisas doradas” nos apalearon —ellos también se llevaron lo suyo—, hasta el Octubre de 1968 y el ya citado Diez de Junio. Ahora no quiero pensar en lo que puede venir.

Así pues, es mucho tiempo, alguna experiencia y un enorme desencanto. Una cerrada militancia que tuvo sus disparates y sus aciertos. Pero no me arrepiento de nada de lo que he escrito. Ni me arrepiento ni me avergüenzo. He vuelto a leer este complejo poemario, y ratificado mi decisión de que se publique porque lo considero un testimonio sentimental y político que en cierta forma me retrotrae a mejores años líricos.

Finalmente, me adueño de una frase del novelista chileno Manuel Rojas, que acaba de fallecer: “Creo que lo que he dado de mí, es natural en mí”.

Hecho al fin uno mismo él y su obra, ya podía Efraín Huerta entrar andando y sonriendo en el luminoso salón de nuestros autores clásicos.

## “Una negra sonrisa de alegría”

*Asunción Rangel*

*Quien desee alegría, que desborde su  
sangre.*

J. W. GOETHE

LA CIUDAD IMAGINADA POR EFRAÍN HUERTA estaría poblada por rosas. No serían, sin duda, rosas de ceniza, inmateriales o huecas —como aquellas imaginadas por el poeta Xavier Villaurrutia—. Tampoco la helada emanación de rosas pétreas, esa manera de llamar a la inteligencia de José Gorostiza, encontraría espacio en esa ciudad huertiana en el aire. No serían, ni qué decir, las rosas en que se cifra la idea de un logro absoluto y de perfección. O quizá lo serían, pero pasadas por un cedazo fundamental: el de la regeneración.

Importa el color de esas rosas que habitan la ciudad imaginada por Huerta, como también importa que están hechas de sangre y que, en consecuencia, su color esencial sea el rojo.<sup>6</sup> Se trata de una sangre derramada en solidaridad, de la sangre como sinónimo de la vida.

De la sangre de los dioses mezclada con masa de maíz, dice el *Popol Vuh*, nacen los hombres. En el Génesis, el Levítico y el Deuteronomio la vida y la sangre son, sin rodeos, sinónimos. Vehículo del alma: la sangre. El brebaje de la inmortalidad, de acuerdo con La Biblia, es una mezcla de agua y de la sangre que fluye de la llaga de Cristo. Pero la sangre también da cuenta del calor vital y corporal, es el vehículo de las pasiones.

<sup>6</sup> La asociación que aquí se presenta entre el rojo de las rosas y la vida y la sangre no ignora otros potenciales significados tanto de las flores como del color. La rosa es, por ejemplo, símbolo “de finalidad, de logro absoluto y de perfección” (Cirlot, 1982: 390); pero también “del imposible” (390), si pensamos en la rosa azul. El rojo, por su parte, suele asociarse con el “color de fuego y de sangre” (Chevalier, 1986: 888), su ambivalencia, sin embargo, suele asociarse casi siempre con el “rojo profundo de la sangre” (888). En el caso del rojo en la poesía de Huerta, cabe, por supuesto, la relación con la Revolución rusa y el movimiento obrero español.

Ésta es la sangre que tiñe de rojo las rosas que habitan la ciudad imaginada por Huerta: una surgida de un acto violento, una surgida de un odio primitivo, pero que también pulsa infinitamente por amor, por pasión.

#### DE *AURORA ROJA* A “LA ROSA PRIMITIVA”

Los grupos de escritores, congregados, regularmente, en torno a una revista o a ciertos supuestos acerca de lo que entienden por escribir literariamente, suelen distinguirse por el cultivo de cierto género literario. Pensemos en la Generación del Medio Siglo: Juan García Ponce, Salvador Elizondo —por mencionar algunos, y obviando la vasta discusión sobre si pertenecen o no a una generación—, se dedicaron con ahínco a escribir narrativa. Anterior a esta generación, el grupo de Contemporáneos se distinguió por la escritura de la poesía. Tómense en cuenta los poemas de largo aliento como *Muerte sin fin*, de José Gorostiza, o *Canto a un dios mineral*, de Jorge Cuesta, sin olvidar los nocturnos de Xavier Villaurrutia.

Nacido en Silao, Guanajuato en 1914, Efraín Huerta —el gran Cocodrilo—<sup>7</sup> suele

<sup>7</sup> Así era llamado por sus amigos: “el gran Cocodrilo” (Ocampo, 1997: 125). Carlos Ulises Mata destaca en

ser ubicado como un escritor perteneciente a la generación de la revista *Taller* (1938-1941) que tuvo su antecedente en *Taller poético*<sup>8</sup> — así lo dejan ver las plumas especializadas en la materia—. Fundada en 1936 por Rafael Solana, *Taller poético* congregó a poetas de líneas de pensamiento literario y político que se antojaban disímiles: Enrique González Martínez, Nefalí Beltrán, Jaime Torres Bodet, Carlos

---

Huerta su propensión por la ruptura, un escritor que buscaba la impureza en su estética. Esto lo llevó a apostar por novedosas formas. Una de ellas fue el cocodrilismo como un movimiento de neovanguardia (Mata, 2014). Cabe agregar que Huerta firmó muchas de sus colaboraciones —sobre todo periodísticas— como “Filmito Rueda”, “Fósforo”, “Juanito Pegafuerte”, “El periquillo” y “Juan Ruiz” (Ocampo: 125).

<sup>8</sup> En *Taller* destaca, además, la participación de Octavio Paz. Respecto de la participación de Huerta en *Taller* —heredera del grupo de Contemporáneos—, apunta Paz: “Los jóvenes habían heredado la «modernidad» de los *Contemporáneos*, aunque casi todos ellos no tardaron en modificar por su cuenta es tradición con nuevas lecturas e interpretaciones; al mismo tiempo, sentían cierta impaciencia (y uno de ellos —Efraín Huerta— verdadera irritación) ante la frialdad y la reserva con que la generación anterior veía las luchas revolucionarias mundiales y su no velado desvío ante la potencia que, para ellos, encarnaba el lado «positivo» de la historia: la Unión Soviética” (1994: 95). Algunos de estos jóvenes impacientes e irritados se congregaron en *Taller poético* y en *Taller*.

Pellicer, Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Elías Nandino, Carmen Toscano y el jovencísimo Efraín Huerta.

De 1935 a 1992,<sup>9</sup> Huerta publica una veintena de poemarios en donde las declaraciones de odio y de amor a la ciudad reverberan todo el tiempo. Es indiscutible la popularidad de los poemas “Declaración de odio”, “Declaración de amor” y “Los hombres del alba”, pertenecientes al libro que lleva por título el de este último poema y publicado en 1944.

Entre 1936 y 1939, a partir de sus veintidós años, Huerta dedicaba sus horas y su pluma a otro género discursivo que fue visto con cierto desdén por los escritores *de literatura*, por los escritores *de poesía*. Me refiero a la crónica periodística.

Este desdén de los escritores *de literatura* puede advertirse en, por ejemplo, algunas de las apreciaciones de escritores anteriores — muy anteriores— a los años de producción de Huerta. Justo Sierra —en cuya obra se articula buena parte de la tradición literaria mexicana—, dirá del trabajo periodístico: “El periód-

<sup>9</sup> El poeta muere en 1982. Cuando me refiero a su producción publicada hasta 1992, aludo a los textos publicados de manera póstuma.

dico [es el] matador del libro (el matador de *Notre Dame*), que va haciendo de la literatura un reportazgo, que convierte a la poesía en el análisis químico de la orina de un poeta” (en Ramos, 2009: 192). Manuel Gutiérrez Nájera, por su parte: “En esta vez, como en muchas, el telégrafo ha mentido. Ese gran hablador, ese alado y sutil *repórter*, no espera a que la noticia se confirme para transmitirla [...] y no repara en los males que pueden producir sus balbuceos, sus equivocaciones, su mala ortografía. Es industrial, comerciante. [...] El telegrama no tiene literatura, ni gramática, ni ortografía. Es brutal” (192). Aquí se advierte el desdén del género por sus carencias literarias, poéticas.

En la crónica hay una gana por descifrar la inmediatez, por dar cuenta de lo novedoso y de lo actual. Los recursos del cronista tienen un pie en el ejercicio periodístico, y el otro en el literario. La premura, si se quiere, con que suele ser escrita la crónica, dista mucho del trabajo demorado y detenido que supone la escritura del verso. La crónica es sucia, por así decir, mientras que el verso es pulcro y perfecto. Ésta es una de las muchísimas razones por las que al cronista se la ha visto como escritor menor. Pero habría que aludir a las excepciones: *Relato de un naufrago*, de Gabriel García Márquez;

la copiosa obra periodística de Rubén Darío y José Martí; y, por supuesto, a los escritores de la lengua inglesa del llamado *New Journalism*: Truman Capote, por ejemplo.

La crónica, vista como un género menor, pero tratada como un vértice que estructura todo el sentimiento, emocionalidad y pensamiento no sólo literario, sino también ideológico, político y cotidiano, aparece en la obra de Salvador Novo, Jorge Ibargüengoitia, Carlos Monsiváis y, por supuesto, en el Gran Cocodrilo.

Monsiváis, otro agudo lector de poesía, como Huerta, dedicó parte de su variada producción escritural a la crónica, como es sabido. Pero también al estudio de la misma. Su amplio y minucioso estudio sobre Novo es una muestra de ello. Respecto de la aparente premura y descuido con el que se escribiría la crónica, me permitiré reproducir aquí las apreciaciones de Antonio Saborit en unas líneas que abren el texto *Las esencias viajeras* (2012) de Monsiváis:

[...] escribía a mano sobre hojas de reuso que aún era preciso transcribir, en original y copia, además de revisar, antes de consentir, su destrucción al pasar por los procesos de edición, formación e impresión. A tal grado se habituó

a la disciplina, en ocasiones asfixiante, de los plazos de entrega del periodismo que terminó por ver en ellos el alivio a su natural inclinación por la procrastinación, pues descubrió que bajo la creciente pasión del último minuto puede presentarse la posibilidad de fijar en un apunte la esencia viajera de una aseveración útil, de una frase elocuente, de una conjetura o incluso de una idea (16).

Disciplina y medios de subsistencia, fueron algunas de las enseñanzas del trabajo periodístico, como lo fueron también para Huerta.

Premura, en efecto, pero también multiplicidad y variedad de las texturas escriturales de la crónica, así como los variados temas que en ella entran, han representado una serie de dificultades para su definición y encasillamiento, para esa propensión del pensamiento científico y presuntamente objetivo de definir, explicar y delimitar un género. A esa diversidad e “inconsistencia” de la crónica —rasgos que la convierten en un discurso difícil de apresar—, hay que sumar un asunto importantísimo: el tipo de lector al que está dirigida. No se trataría, sin duda, del lector de la revista literaria o de la novela o del libro de poemas. Se trata de

un lector “ocasional”,<sup>10</sup> en cuyas manos ha caído el periódico, y cuyos ojos han tropezado en ese apartado de la publicación, un lector que, para decirlo con Gutiérrez Nájera, busca, no la ortografía y la gramática, sino la brutalidad.

Las crónicas periodísticas recogidas en *Aurora roja* son un *prietito en el arroz*, si pensamos en Huerta como poeta. Si la crónica es, en efecto, un género bajo y la poesía un género diferente, estetizante, para cierto lector especializado, las crónicas que componen *Aurora roja* encarnan todo lo opuesto a lo estetizante, a lo especializado. Sin embargo, en ellas se encarna, buena parte del pensamiento, de la pulsión ideológica y poética de este autor. Si pudiéramos darle un nombre a esa fuerza que reverbera y resuena en toda la escritura huertiana, y no sólo para sus adentros, sino como toda una manera de estar en el mundo, de vivir en y a pesar de él, sin duda, sería el de la alegría.

En estas páginas intentaré describir, a partir de algunas crónicas de *Aurora roja*, en qué consiste esa alegría y por qué se convierte en

<sup>10</sup> Existen, por supuesto, los lectores asiduos de ciertas publicaciones periódicas. Con lector “ocasional” me refiero a aquel que busca —y que regularmente encuentra— la volatilidad, el ingenio, la conversación desenfadada, que suelen distinguir al periódico.

un principio que articula lo meramente escritural, pero también como un principio vital en la obra de Efraín Huerta. Antes, me permitiré indicar qué se entiende aquí por un “adentro” y un “afuera” cuando se habla de la obra, en el caso particular de este escritor.

Efraín Huerta participa, con su poesía, de un proyecto estetizante de la literatura. Es un poeta que conoce perfectamente la tradición literaria —y no sólo la mexicana de su tiempo, sino también la extranjera de diversas épocas o periodos—; y domina las formas retóricas y poéticas en la escritura del verso. A esto me refiero con el “adentro” de su obra. Por una suerte de “afuera”, se entiende aquí todo aquello que no tiene que ver con la pureza del lenguaje poético: la calle, los bares, las marchas, la muchacha ebria, los obreros, el atardecer, una conversación con Andrea Huerta —su hija—; en suma, esa masa amorfa llamada realidad, y en el caso de Huerta, la vida misma. En este tenor, me parece que la filiación de un poeta de la talla de Jorge Cuesta con la llamada “poesía pura”, permitiría advertir —más o menos— el contrapunto en que habita la escritura huertiana.

El autor de *Canto a un dios mineral* (1942, publicado luego de la muerte del poeta) y de

unos cuarenta poemas (publicados entre 1927 y 1942), es, en opinión de Christopher Domínguez Michael, “el primer intelectual moderno de México” (2007: 104). Para Ignacio Sánchez Prado:

[...] la ruta intelectual de Jorge Cuesta, que comienza, sobre todo, con la publicación de la *Antología de la poesía mexicana moderna* en 1928, se caracteriza por el movimiento de un concepto de literatura pura como una forma de deslinde frente al Estado hacia la utilización del lugar de enunciación producido por este deslinde como una forma de criticar al poder. Esta trayectoria ocurre en un momento en que la hegemonía ideológica tiende hacia la izquierda, empezando con el liberalismo secular de la presidencia de Plutarco Elías Calles hasta el triunfo del socialismo en Cárdenas (2006: 76).

El deslinde frente al Estado será capital para el proyecto intelectual y sobre todo poético de Cuesta. Por decirlo de alguna manera, no le interesaba discutir los efectos del socialismo y de la ideología de izquierda, mucho menos en su literatura. La suya, era una “poesía pura”: un asunto meramente intelectual, desprovisto de lo emotivo, muy lejano al discurso nacionalista. En el envés, se encuentra la pulsión escritural de Huerta. En muchas de sus crónicas no

tiene empacho en criticar duramente la poesía “fabricada por canallitas y viciosos, buscadores eternos del mejor sistema para encanallarse más” (2006: 133). A esa “inteligencia en llamas”, como ha sido llamada la de Cuesta, el Gran Cocodrilo opone, con toda la sangre, la ciudad en llamas, las calles en llamas, en suma: la plástica de la alegría que poco tiene que ver con la aguda y refinada sabiduría que se desprende del pensamiento, de la reflexión. Hay que matizar: Huerta no reniega o desdeña el pensamiento que surge del librero, al contrario, abreva de él, pero siempre tiene presente, para decirlo con sus palabras, que “hay que salir a la calle” (124).

En principio, está la rosa primitiva, la carne, la sangre, los huesos y la visceralidad que el poeta percibe cuando transita por las calles, en el momento en que contempla un atardecer, o cuando ese mismo cuerpo experimenta y vive su trayecto en barco rumbo a Yucatán y se entera de la muerte de Federico García Lorca y escribe varias páginas que intentan dar cuenta del arrostramiento que le representa esa muerte.

Trece años separan la escritura de las crónicas de *Aurora roja* y los poemas de *La rosa primitiva*. Los primeros textos fueron es-

critos entre 1936 y 1939, durante el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas. Los siete poemas de *La rosa primitiva* fueron escritos —así se indica en la *Poesía completa* de Huerta, compilada por Martí Soler en 1988— el 6 de octubre de 1949. Trece años aciagos que, sin duda, transformaron la visión del joven Huerta que escribía para el *Diario del Sureste* (de Yucatán) y para *El Nacional*, y un Efraín Huerta que vivía y asimilaba la no sencilla transición política, ideológica e intelectual en el periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho. Digo años aciagos porque mientras el periodo de Cárdenas invocó al socialismo como ideología del Estado, el de Ávila Camacho afianzó la alianza política entre el Estado y la burguesía nacional. Los *rojos*, como Huerta, dejaron de ser vistos con buenos ojos.

Respecto de *Aurora roja*, Guillermo Sheridan apunta: “es pertinente no olvidar que estas crónicas fueron escritas por un joven poeta y que, por tanto, todo lo escrito incide en su poesía, o la refleja” (40). Sin embargo, los contenidos de esas crónicas reverberan en toda la obra de Huerta, no sólo en sus primeros libros de poesía. Su idea de la alegría, de la sangre como cifra de la violencia y del odio, pero también como cifra del amor y de la concordia está con-

tenida ahí, y aparecerá —con diversos matices y, por supuesto, madurada, ni qué dudar— en “La rosa primitiva”.

En 1934, Raúl González Tuñón publicó *La rosa blindada*. El joven Huerta dedicó no sólo una nota a ese libro, sino que abrevó de ahí muchas de las creencias poéticas que el argentino había vertido en el prólogo a su libro y en sus versos. Me refiero al homenaje y reconocimiento de González Tuñón al levantamiento de los mineros asturianos en 1934 —del cual da cuenta en el prólogo.

En 1937, Huerta escribe “La rosa blindada (un gran poeta argentino)”, en donde celebra la lectura de los versos de González Tuñón, y no sólo eso, también se congratula por ver *reflejados* su talante y sentir. El Gran Cocodrilo celebra que los poemas de González “coincidan con el tono del llamamiento de Neruda, es decir, hacia una poesía sin pureza” (108). Y a continuación cita al chileno: “Una poesía impura como un traje, como un cuerpo, con manchas de nutrición, y actitudes vergonzosas, con arrugas, observaciones, sueños, vigilia, declaraciones de amor y de odio, bestias, sacudidas, idilios, creencias políticas, negaciones, dudas, afirmaciones, impuestos” (Neruda en Huerta, 2006: 108-109).

Es apenas 1937, a siete años de la publicación de *Los hombres del alba*, en donde figura el poema de Huerta que despliega esa suerte de definición de la poesía del Neruda de los años treinta. Me refiero a “Declaración de odio”.<sup>11</sup> Si en uno de los epígrafes, tomado de *Las brigadas de choque* de González Tuñón (“Esto no es un poema, es casi una «experiencia»”),<sup>12</sup> y en esa idea de Neruda está la síntesis de un sentir y pensar poéticos, en el poema de Huerta está el análisis, el examen, las observaciones y exploraciones que le merecen a su mirada poética. Y es que Huerta se viste de ese traje impuro, es un cuerpo derruido, es la mancha, el sueño y la vigilia, es el odio, la sacudida y la creencia política, tal como lo describe Neruda.

La sangre que une a González Tuñón con Huerta es la sangre que tiñe de rojo a las rosas. La rosa blindada del poeta argentino es una rosa que le profesa, como Huerta, un brutal odio y un brutal amor a la ciudad. Huerta prefiere, de los poemas de González Tuñón, “Las

<sup>11</sup> El poema se publicó en enero de 1937, pero se escribió en 1936, cuando Huerta escribía también las crónicas de *Aurora roja*.

<sup>12</sup> Único de los tres epígrafes que tuvo el poema entre 37 y 73, fecha en que añadió los de Serrano Plaja y Éluard.

brigadas de choque”, como lo indica en su crónica de *Aurora roja*: “Pero hay que aclarar: el poeta odia furiosamente porque su odio nace del desprecio que siente por lo abominable y necio que hierve en la ciudad” (109). Aquí, es ineludible citar esos brutales versos que Huerta dedica a la ciudad:

Te declaramos nuestro odio perfeccionado a  
fuerza de sentirte cada día más inmensa,  
cada hora más blanda, cada línea más brusca.  
Y si te odiamos, linda, primorosa ciudad sin  
esqueleto,  
no lo hacemos por chiste refinado, nunca  
por neurastenia  
sino por tu candor de virgen desvestida,  
por tu mes de diciembre y tus pupilas secas,  
por tu pequeña burguesía, por tus poetas  
publicistas,  
¡por tus poetas, grandísima ciudad!, por ellos y  
su enfadosa categoría de descastados,  
por sus flojas virtudes de ocho sonetos diarios,  
por sus lamentos al crepúsculo y a la soledad  
interminable,  
por sus retorcimientos histéricos de prometeos  
sin sexo  
o estatuas del sollozo, por su ritmo de asnos en  
busca de una flauta (2013: 104).



amor”, descuella el azote, la censura y la crítica, pero también su contracara: la profunda alabanza, el profundo y absoluto amor. A los días pesadísimos de la ciudad, los días “como frutas podridas” (Huerta, 2013: 103), se contraponen un encomio de esta naturaleza:

Porque yo creo que el corazón del alba  
es un millón de flores,  
el correr de la sangre  
o tu cuerpo, ciudad, sin huesos ni miseria (107).

El parangón es contundente. El corazón del alba está constituido por flores, por la sangre que corre, pero también es un cuerpo; se trata de las flores, la sangre y el cuerpo de la ciudad; se trata de esos rasgos que se encarnan en las rosas huertianas. La fragilidad sería el atributo que esos tres elementos comparten. Y Huerta lo sabe, y se duele y se fascina, al mismo tiempo, ante lo delicado y perecedero que resultan los cuerpos, la sangre y las flores; y su natural contracara: la dureza e inflexibilidad de los hombres que sólo ven —como algunas veces lo hace él— la dureza y melancolía, el desamparo. Esos hombres, dice Huerta, odian la ciudad porque no la comprenden, porque no perciben “cómo eres pura, amplia, / rojiza, cariñosa [...]” (107). El rojo sanguíneo, equivalente a pureza

y amor, encontrará en la rosa un motivo recurrente en la escritura de Huerta. A la pulsión que nace en 1934 luego de la lectura de los versos de González Tuñón, se afianza, confirma y madura en los poemas de *Los hombres del alba*. “Escribo bajo el ala del ángel más perverso”, nos dice en el primero verso de “La rosa primitiva”. Sólo cobijado por esa perversidad, será capaz de percibir en todo su esplendor y amargura, la forma y textura de esa rosa primera:

Escribo las palabras y el penetrante nombre del  
poema,  
y no encuentro razón, flor que no sea  
la rosa primitiva de la ciudad que habito (146).

Las negaciones del segundo verso, se convierten en absolutas afirmaciones cuando el poeta escribe, y al escribir penetra en el nombre de una flor: la rosa roja que se convierte en una de las maneras de afirmar la alegría:

Quédate con la rosa del calosfrío,  
la rosa del espanto estatuario,  
la inmaculada rosa de la calle,  
la rosa de los pétalos hirientes,  
la rosa-herrumbre del fiero desencanto,  
la primitiva rosa de carne y desaliento,  
la rosa fiel, la rosa que no miente,  
la rosa que en tu pecho debe ser la paloma

del latido fecundo y el vivir con un pulso  
de gran deseo hirviendo a flor de labio (147).

Lo que priva es el desencanto, el desaliento, el pétalo hiriente que, al final, se convierte en su opuesto: la rosa sincera, la rosa que en vez de corazón es una paloma que permite el latido vital, el pulso sanguíneo como un deseo en los labios. Ésta es una declaración de amor, un voto a favor de la alegría —incluso en condiciones desalentadoras—. La rosa primitiva convocará ambos lados de la misma moneda: la herida y el beso, la mentira y la fidelidad, el espanto y la fascinación. Esa rosa es la que deberá habitar la ciudad imaginada por Huerta:

Ama con sencillez, como si nada.

Sé dueño de tu infierno, propietario absoluto  
de tu deseo y tus ansias, de tu salud y de tus  
odios,  
fabrícate, en secreto, una ciudad sagrada,  
y equilibra en su centro la rosa primitiva (147).

No hay poeta que no haya dedicado un poema a la poesía. Algunas veces para vituperarla, otras veces para encomiarla; otras tantas, para manifestar su profundo odio y, a la vez, su profundo amor. Huerta no es la excepción. En “El poema de amor”, fechado el 5-6 de junio de

1943 y más tarde incluido en *Poemas prohibidos y de amor*, hablará de la palabra poética y del poema amoroso en estos términos:

El poema de amor es la palabra  
que ya se dijo ayer, que hoy no se dice.  
[...]

El poema de amor bien puede ser  
un soñar escribirlo y declararlo (2013: 51).

En Huerta, todo acto está relacionado con el amor, sobre todo el acto de escribir. El amor en Huerta es la otra cara de la moneda: el hombre en el mundo que ama, pero que también odia. Vida y muerte, día y noche, sueño y vigilia, son algunas de esas duplas que no se pueden separar. Del mismo modo, odio y amor van de la mano; uno no es posible sin el otro. De manera análoga, la alegría no es posible sin su opuesto: la desazón, la tristeza.

El amor y el odio, la desdicha y el gozo, son asuntos de los que se ocupa tanto el joven Huerta de las crónicas de *Aurora roja*, como el Huerta de los poemarios de la década de 1940. En el dominio de las crónicas, Huerta escribe en 1937 “Años de aprendizaje y alegría”:

Y quiero aclarar una cosa: creo que el optimismo es una misión de la poesía; pero no su única misión. Porque la tristeza, el fastidio, la desesperación, la ausencia, la soledad, existen en forma de aplastante tragedia; porque también el crimen, la guerra, la miseria existen y se convierten en drama inevitable para el poeta. Todas las cosas nos matan con frecuencia el optimismo. Para hacernos alegres tenemos que poner toda nuestra voluntad; en cambio, una elegía o una lamentación resultan fáciles, cruelmente fáciles. Es juvenil, pero muy duro escribir (122).

Cuando habla de la juvenil y ardua tarea de escribir, Huerta se refiere a los poetas que escriben elegías, particularmente a la escritura de poemas dedicados a los hijos no natos. Me interesa destacar, de la citada crónica, los aspectos relacionados con esa idea de la alegría: el optimismo como misión de la poesía, la alegría como producto de un esfuerzo brutal de la voluntad. En condiciones adversas —la desesperación, la soledad—, lo sencillo y lo posible es la lamentación. En ello radica una crueldad también brutal.

Sin embargo, esta alegría huertiana, si bien puede referirse a esos años en que la izquierda ingresaba como ideología de Estado —esas crónicas fueron escritas durante el periodo de

Lázaro Cárdenas—, también puede aludir a la condición del hombre en el mundo. La guerra es terrible, el crimen y la miseria también lo son. Lo realmente arduo es sobreponerse ante esas condiciones y conservar eso que Huerta llama “optimismo”, “alegría”. En esa misma crónica, lo dirá de la siguiente forma: “Es agobiante reaccionar contra la tragedia. Pero es triunfal y digno de nosotros. La poesía nos da maravillosos medios de victoria, y más todavía cuando es «manejada» por jóvenes conscientes de su papel de habitantes de un planeta compuesto por nacionalidades insolentes como las fascistas, y por estados democráticos o plenamente socialistas, como la Unión Soviética” (122-123).

Poesía, alegría y juventud se engarzan en el pensamiento huertiano. Hay también una fascinación y predilección por el socialismo ruso. Quisiera detenerme, sin embargo, en esa feroz tarea que Huerta le confiere a la poesía y a los poetas: no capitular ante la desesperanza, ser joven. En estos dos movimientos, gracias a esas dos acciones, emerge la alegría.

¿Qué puede responder quien no ha experimentado o vivido la guerra y la desesperanza? En el pensamiento de Huerta, todo. Incluso en el que se manifiesta en sus poemas “adultos”.

El brío de la juventud nada o poco tiene que ver con la mirada adulta de aire de superioridad. En Huerta, esta juventud tiene que ver con la manera en que se mira al mundo: fascinado, optimista y, digámoslo de una vez, alegre.

Ésta es una de las funciones de la poesía. Este brío de juventud, que se traduce en alegría y en poesía, está contenido en sus crónicas. Se dirá, con justa razón, que se debe a la edad en que el poeta escribió esas crónicas, sin embargo, habrá que notar la manera en que Huerta escribe sobre las calles, los cafés, sobre la *post-card*, sobre el paisaje en sus visitas a Toluca o a Michoacán.

#### LA CIUDAD POR VENIR

La ciudad imaginada por Huerta estaría habitada por rosas. La potencial presencia de aquello que teñiría de rojo a la ciudad, sin embargo, y como el propio verbo lo indica, está condicionada. Para que la ciudad, en efecto, sea habitada por rosas, es necesario que algo suceda. Las estipulaciones para ese hábitat idóneo están esbozadas en “Ciudades en el aire”:

Inventar ciudades, proporcionarles habitantes apacibles y echarlas a rodar por el mundo como a criaturas irresponsables, es asunto compro-

metedor y peligroso, como que puede provocar voces de airada protesta y hasta sangrientos atentados dinamiteros. Porque tendrían que ser ciudades de cristal, tezontle y aluminio, con moradores prestigiados como liróforos de todos los matices, tonos, tendencias y virtudes. Inventar ciudades para poetas, ciudades de aire, no es entretenimiento para agazapados, sino placer de seres que saben imaginar y maravillarse, que jinetean raudas nubes o se dedican al ratonero comercio del ideal (2006: 133).

La invención de la ciudad es un trabajo arduo, debe haber compromiso y plena conciencia del peligro que supone. Inventar la ciudad y darle nombre —existencia—, acarrea, en opinión de Huerta, la amenaza latente de la “airada protesta y hasta sangrientos atentados dinamiteros”. En las siguientes líneas, Huerta se refiere a esa suerte de condicionante para el surgimiento de una ciudad que, aparentemente, desea: tendría que ser de “cristal, tezontle y aluminio”. Es elocuente que sean esos tres elementos a partir de los cuales se fundaría la metrópoli, ya que se trata de componentes básicos —desde el punto de vista de la Física— y que, por si fuera poco, comparten el ser una manifestación de la materia en su forma sólida. Pero, evidentemente, Huerta no quería darnos

una cátedra de Física, lo suyo es la poesía, lo que ahí discute tiene que ver con las ciudades de aire. Me interesa destacar que haya elegido estos tres elementos para fundar una ciudad, ya que todos ellos se refieren a un principio, poéticamente hablando, de articulación de la existencia. Se trata de elementos básicos, fundacionales, de todo lo existente; pero también, de tópicos que se inscriben en el ámbito de lo telúrico, de lo terrenal y de lo material.

A través de la referencia al cristal, pareciera que Huerta llama a poner atención en lo nimio —como una roca—, pero que, esencialmente, es cifra de la transparencia. El cristal, indica Chevalier, “es uno de los más bellos ejemplos de unión de los contrarios: el cristal, aunque sea material, permite ver a través de él, como si no fuese material” (1986: 358). Esta reunión de opuestos, cifrada en el tópico del cristal, encuentra una sugerente relación con el título de la crónica: “Ciudades en el aire”. Si el cristal es una roca sólida, es también transparente, como el aire. Tenemos así que los elementos ahí mencionados, más que encerrar una relación de exclusión, implican lo inverso: inclusión. Ahí tendrán cabida “todos los matices, tonos, tendencias y virtudes”, y serán los “liróforos” sus habitantes.

Hacia el final de la cita a la crónica de Huerta arriba transcrita, se advierte el contrapunto entre dos ciudades, en una de las cuales las rosas huertianas podrían florecer. Hay que destacar que una suerte de demiurgo sería quien esté facultado para inventar esas ciudades, y su labor se distingue por el “placer” de quien sabe “imaginar y maravillarse”, algo muy lejano al “entretenimiento para agazapados”. Todo a favor de la creación y la fascinación. Todo en contra de la simple diversión y de aquello que se ejecuta sin conciencia crítica. El jineteo de “raudas nubes” se inscribe en la primera creencia, mientras que “el ratonero comercio del ideal” encuentra una explicación en las siguientes líneas:

Producto de un rato de inestable meditación fue el proyecto nuestro de una Ciudad Poética en la cual, hombro con hombro, trabajarían todos los obreros de la poesía —esos obreros del aire—, desde los ídolos que a cada momento están por derrumbarse hasta los peleadores mozos de la actualidad. Lo aventurado es la mezcla: riñas entre la sangre que es sangre y la que ya es agua simple; pleitos inevitables entre los viejos dragones y los nuevos guerrilleros que ante nada se asustan y contra todo arremeten; choques entre los que hacen artepurismo de guardarropa y

aquellos que desean iluminar el mundo con un arte sin oscuridades ni servilismo (133).

Serán los obreros de la poesía quienes labren en el aire. No los poetas. O, al menos, quienes en la época en que Huerta escribe sus crónicas, desean ser “liróforos”, poetas. Huerta arremete contra quienes “hacen artempurismo de guardarropa”, contra “los viejos dragones” y contra “los nuevos guerrilleros que ante nada se asustan y todo arremeten”. El reproche está hecho a algunos de los escritores de Contemporáneos<sup>13</sup> —si se habla de “artepurismo” y de “viejos dragones”—, pero también a quienes por “todo arremeten”.

Huerta cree en la juventud, en su brío. En ella ve el deseo por “iluminar el mundo con un arte sin oscuridades ni servilismos”. Esa sangre

<sup>13</sup> Unas líneas más adelante, Huerta se referirá a la “poesía para choferes y cobradores de camión; poesía discreta, fina, de salón y de estribo; poesía de las rutas asfaltadas de la ciudad de México; poesía fabricada por canallitas y viciosos, buscadores eternos del mejor sistema para encanallarse más” (133). Como lo indica Sheridan, se refiere a Novo: “Nueva alusión a Salvador Novo, «poeta chofer», como le dijo Carlos Pellicer, y editor de la revista *El chafirete*, chismes y cultura para los trabajadores del volante, caros a su deseo” (en Huerta, 2006: 159).

nueva sería capaz de jinetear las “raudas nubes” y aborrecer “al ratonero comercio del ideal”.

La ciudad por venir, no la Ciudad de México de la década de los treinta, está esbozada en los párrafos finales de “Ciudades en el aire”:

Sería delicioso cantarle con amor a la ciudad; lo haríamos con el mayor gusto y entusiasmo. Estamos seguros, además, de que algún día tendremos que hacerlo. Pero la hora no ha llegado. No han sonado aún las campanadas liberadoras de tanto sentimiento angustioso, de tanta confusa aleación de indeseables purezas y falsedades ostensibles. No es tiempo de inyectar alegrías y vivezas a una cosa que tan sucia y embustera ha llegado a ser por causa de un ejército de pillos estériles, de asesinos de todo eso que para la juventud es indispensable y vital (134).

Como lo indica Sheridan, será en los poemas de *Los hombres del alba*, cuando para Huerta haya llegado la hora de cantar con amor a la ciudad. Hasta la mención a las “indeseables purezas y falsedades ostensibles” se advierte esa idea desesperanzada, pero muy crítica, del estado de la poesía mexicana en la década de los treinta. En adelante, Huerta indicará los gérmenes que resonarán como cristales, te-zontle y aluminio que estarán presentes en sus declaraciones de amor y de odio a la ciudad.

“Alegría y viveza”, “juventud” y “vitalidad”, son, quizá, las palabras de mayor peso —e ingenuas, si se desea— con las que Efraín Huerta esboza ese proyecto llamado ciudad en el aire, ciudad poética.

Páginas arriba me he referido a la plástica de la alegría como un principio poético en la obra de Efraín Huerta. Aquí conviene corregir: se trata de un principio vital. La viveza, la juventud y la vitalidad de las que habla no pueden suscribir otro precepto más que el de la alegría, y debe entenderse como alegría, sin más, el amor y la concordia. Se trata del amor que, como ha quedado señalado, tiene su contracara en el odio y en la violencia. Huerta lo dirá de la siguiente manera:

Los hombres de la ciudad ven el asunto con un raro sentimiento de incomprensión y fastidio: llegan las mañanas, las tardes y las noches y, sin embargo, se observa que les falta una brizna de belleza para ser perfectas y redondas. Y entonces los culpables se esconden, huyen a las oscuridades de los roperos y a los rincones de las tabernas, a mofarse, a sonreír, a hacer leña del árbol que acaban de derribar. Ellos, los amarrados a su propia inconsciencia, son quienes nos han obligado a andar en busca de la felicidad y de sus derivados por todos los caminos y rutas.

El odio que les tenemos nos ayuda a combatir sus instituciones y formas de vida. El desprecio insobornable que por su nefasta labor sentimos es el obstáculo para amar a la ciudad y poder convertirla en poética (134).

El odio se profesa hacia “los amarrados a su propia inconciencia”, esto es, quienes habitan la ciudad con culpa, escondidos. Son ellos quienes envilecen a la ciudad, y son ellos quienes generan el odio que, paradójicamente, se erige como un generador de brío, de gana de combatir. El odio es “el desprecio insobornable”, un sentimiento que impide la concordia y al amor. Estos dos últimos, serían indispensables para convertir en poética a una ciudad que, para decirlo con Huerta y con Neruda, huele a cebolla.

Muchas de las reflexiones contenidas en la crónica de 1937, como es de esperarse, aparecen tanto en la “Declaración de odio”, como en la “Declaración de amor”. Si en 1937, la ciudad en el aire imaginada por Huerta tendría como germen el cristal, el tezontle y el aluminio, en este poema la transparencia de lo sólido y del aire, se convertirán en ceniza:

Esta ciudad de ceniza y tezontle cada día  
    menos puro,  
de acero, sangre y apagado sudor (80).

En estos versos se advierte que el optimismo del periodo cardenista ha sucumbido. Lo cristalino ha desaparecido, el tezontle ha perdido su pureza, el sudor se ha apagado. Sin embargo, la ciudad conserva la fortaleza del acero y el brío de la sangre.

Las correspondencias entre la crónica de *Aurora roja* y los poemas no terminan ahí. Sobre la alegría como una manera de estar en el mundo, como un principio generador de lo existente y verdadero—:

Larga, larga ciudad con sus albas como  
    vírgenes hipócritas,  
con sus minutos como niños desnudos,  
con sus bochornosos actos de vieja díscola y  
    aparatosas,  
con sus callejuelas donde mueren extenuados,  
    al fin,  
los roncros emboscados y los asesinos de la  
    alegría (81).

A través del símil y de la adjetivación, Huerta nos da una instantánea de la ciudad. Quienes ahí habitan —las albas, las vírgenes, los minutos, las callejuelas, los asesinos—, lo hacen de

manera hipócrita, desnuda, díscola y aparatosa, extenuados. Hay que notar, del último verso, la violencia —incluso sonora— de la que es objeto la alegría. A la alegría se le arrebató la vida, y no será mediante medios cordiales. Es importante destacar la adjetivación que ha empleado Huerta en los versos arriba citados: hipócritas, desnudos, bochornosos, díscola y aparatosa, roncós. Si algo comparten esos epítetos es la *rudeza* sonora —marcada por el uso de la “r”, “t”, “d”, “ch”, “p”—, y sus significaciones que apuntan a la irritación, la descomposición. Los “asesinos de la alegría” aparecen como aquellos que amenazan la posibilidad de ejercer la libertad. Éste es uno de los actos más violentos contra la alegría, lo cual es profundamente censurado por Huerta:

Pero no es todo, ciudad de lenta vida.  
Hay por ahí escondidos, asustados, acaso  
masturbándose,  
varias docenas de cobardes, niños de la teoría,  
de la envidia y el caos, jóvenes del “sentido  
práctico de la vida”,  
ruines abandonados a sus propios orgasmos,  
viles niños sin forma mascullando su tedio,  
especulando en libros ajenos a lo nuestro.  
¡A lo nuestro, ciudad!, lo que nos pertenece  
lo que vierte alegría y hace florecer júbilos,

risas, risas de gozo de unas bocas hambrientas,  
hambrientas de trabajo,  
de trabajo y orgullo de ser al fin varones  
en un mundo distinto (82).

El cobarde que se esconde, los hijos de la envidia y del caos y, sobre todo, quienes a través de libros que contienen lo ajeno a “lo nuestro”, amenazan la libertad, que no es otra cosa que una manifestación de la alegría. Mientras en los primeros siete versos, Huerta se refiere a las condiciones adversas para el surgimiento del júbilo que florece, de las risas de gozo; en la loa contenida de los últimos versos hay un indicio de que sólo mediante la honestidad y la concordia es posible el surgimiento de las rosas. Especular “en libros ajenos a lo nuestro” es una forma de mentir. Y quien miente no puede reír de gozo, no puede, de acuerdo con Huerta, ser varón y habitar “en un mundo distinto”.

Hacia el final de “Declaración de odio”, aparecerán dos ideas poéticamente caras al pensamiento huertiano. La primera de ellas, tiene que ver con la esperanza y el progreso. La segunda, la posibilidad de convertir al odio en agua fresca para el encuentro de corazones:

Así hemos visto limpias decisiones que saltan  
paralizando el ruido mediocre de las calles,

puliendo caracteres, dando voces de alerta,  
de esperanza y progreso.

Son rosas o geranios, claveles o palomas,  
saludos de victoria y puños retadores.

Son las voces, los brazos y los pies decisivos,  
y los rostros perfectos, y los ojos de fuego,  
y la táctica en vilo de quienes hoy te odian  
para amarte mañana cuando el alba sea alba  
y no chorro de insultos, y no río de fatigas,  
y no una puerta falsa para huir de rodillas  
(82-83).

Así termina el Gran Cocodrilo de injuriar a la ciudad, pero lo hace para volver ese desdén en una absoluta “Declaración de amor”. La referencia a la “esperanza y el progreso” del cuarto verso, poco tiene qué ver con una promesa que garantizaría un bienestar común a cambio de la cobardía, de la envidia y la mentira —esas maneras de violentar al otro—. Lo que Huerta esboza ahí como esperanzador es todo lo contrario: no prometer lo que ya está y ha estado perdido, sino ver en el aquí y en el ahora las oportunidades de ejercer la libertad y la alegría. No en vano convierte a la esperanza y al progreso, en su poema, en “rosas o geranios, claveles o palomas”, porque al trocar lo abstracto en concreto, lo hace —en un primer movimiento— mediante tópicos que se inscriben en el

ámbito de lo fugaz, de lo inefable, como lo son la flor o el vuelo de la paloma. Pero para Huerta esto no será suficiente. Por ello, a esos asuntos evidentemente estetizantes, añade “las voces, los brazos y los pies decisivos”, “los rostros perfectos, y los ojos de fuego”.

Para un poeta del pelaje de Efraín Huerta es necesario fascinarse y maravillarse, es ineludible imaginar, como lo dice en su crónica “Ciudades en el aire”; es indispensable la rosa, el geranio y la paloma, como lo indica en los versos de “Declaración de odio”, pero también es apremiante “inyectar alegrías y vivezas” para vencer, aunque sea por un instante, a los “asesinos de todo eso que para la juventud es indispensable y vital”. Esta consigna de “Ciudades en el aire” encuentra su correspondencia, como se ha visto, en los últimos versos de su insuperable “Declaración de odio”.

La conjunción entre lo imaginativo y lo material es posible, cuando la “táctica” sea “alba / y no chorro de insultos, y no río de fatigas”, es decir, cuando el alba se convierta en palabra que conversa, en palabra que busca la concordia y el brío. Ésa es, me parece, la idea de la alegría que reverbera en el pensamiento poético de Huerta. Todo a favor de la concordia.

Nada para el insulto y la fatiga. Todo a favor de la alegría como una posible forma de libertad.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Cabe mencionar “Poema del desprecio”, “Organización del sarcasmo”, “Guía de malogrados” en donde se pondera el odio.



## *Obras citadas*

- Cirlot, Juan-Eduardo, 1982, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Labor.
- Chevalier, Jean y Alan Gheerbrant, 1986, *Diccionario de los símbolos*, trad. Manuel Silvar y Arturo Rodríguez, Barcelona, Herder.
- Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*, tomo R-Z, 1995, Porrúa, 6ª ed., México, p. 3281.
- Domínguez Michael, Christopher, 2007, *Diccionario crítico de la literatura mexicana*, México, FCE.
- González Tuñón, Raúl, 1996, *La rosa blindada*, Argentina. Disponible en <http://www.rebelion.org/docs/129729.pdf> [consultado en enero de 2015].
- Monsiváis, Carlos, 2012, *Las esencias viajeras*, “Palabras al margen” de Antonio Saborit, México, FCE / Conaculta.
- Pacheco, Cristina, 4 de junio de 1978, “Efraín Huerta: bajo la dura piel de un cocodrilo”,

*El Gallo Ilustrado*, suplemento cultural del periódico *El Día*, núm. 833, pp. 5-9.

Paz, Octavio, 1994, "Antevíspera: *Taller*" en *Obras completas. 4. Generaciones y semblanzas. Dominio Mexicano*, México, FCE.

Ramos, Julio, 2009, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Caracas, El Perro y la Rana.

Sánchez Prado, Ignacio, 2006, *Naciones intelectuales: la modernidad literaria mexicana de la constitución a la frontera (1917-2000)*, Tesis doctoral, Universidad de Pittsburgh.

Sierra, Justo, 1948, *Obras completas*, t. VI, *Viajes. En tierra yankee*, México, UNAM.

### *Obras de Efraín Huerta*

*Aurora Roja. Crónicas juveniles en tiempos de Lázaro Cárdenas. 1936-1939*, ed. Guillermo Sheridan, recop. y apoyo de investigación Maribel de la Fuente, Maribel Torre, Gustavo Jiménez y Eliff Lara, UNAM / Pecata minuta, México, 2006, 297 pp. [101 crónicas].

- Canción del alba*, comp. y pres. Raquel Huerta-Nava, Universidad de Guanajuato / Ediciones La Rana, México, 2014, 617 pp. [111 textos en prosa].
- Cine y anticine. Las cuarenta y nueve entregas*, ed., comp. y pról. Raquel Huerta-Nava, Centro Universitario de Estudios Cinematográficos / Dirección General de Publicaciones UNAM, México, 2014, 120 pp.
- Close-up*, 2 vols., comp. Alejandro García y Evelin Tapia, Universidad de Guanajuato / Ediciones La Rana, México, 2010, 289 + 337 pp.
- Efraín Huerta en El Gallo Ilustrado. Antología de Libros y antilibros (1975-1982)*, comp. Raquel Huerta-Nava, pról. Armando González Torres, México, Joaquín Mortiz, 2014, 343 pp. [70 textos].
- El otro Efraín. Antología prosística*, ed. y sel. Carlos Ulises Mata, FCE, México, 2014, 675 pp. [176 textos —artículos, crónicas, conferencias, entrevistas y prólogos— sobre literatura, cine y actualidad].
- Poesía 1935-1968*, México, SEP, col. Lecturas Mexicanas, 1986.

*Poesía completa*, ed. Martí Soler, pról. David Huerta, FCE, México, 1ª ed. 1988, 2ª reimp. 2013, 3ª ed. corregida y aumentada 2014, 653 pp.

### *Textos sobre Efraín Huerta*

De Aguinaga, Luis Vicente “En verdad, en serio: ‘Verdaderamente’”, en *Efraín Huerta. El alba en llamas*, pres. y sel. Raquel Huerta-Nava, Conaculta / Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato / Fondo Editorial Tierra Adentro núm. 251, México, 2002.

\_\_\_\_\_, “El poeta en los Estados Unidos. Breve informe sobre los *Greyhound poems*”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 126, agosto de 2014, pp. 27-31.

Delgadillo Martínez, Emiliano, “La fragua de *Los hombres del alba* de Efraín Huerta: 1935-1944”, tesis de licenciatura, UNAM, México, 2014, .

\_\_\_\_\_, “Prólogo” a Efraín Huerta, *Iconografía*, FCE, México, 2014, pp. 9-23.

\_\_\_\_\_, “El corazón blindado”, epílogo a Efraín Huerta, *Los hombres del alba*, ed. facsimilar de la prínceps, Conaculta, México, 2014, .

- \_\_\_\_\_, “El perfume y la Remington. Notas sobre la escritura primera de Efraín Huerta”, revista *Tierra Adentro*, núm. 192, México, 2014, pp. 43-44.
- Gallardo Cabrera, Salvador, “Los círculos concéntricos. Los hombres del alba”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 126, agosto de 2014, pp. 32-34.
- Homero, José, *La construcción del amor. Efraín Huerta, sus primeros años*, Conaculta / Fondo Editorial Tierra Adentro núm. 13, México, 1991.
- Huerta, David, “Prólogo” a Efraín Huerta, *Poesía completa, op. cit.*, pp. VII-XXI.
- \_\_\_\_\_, “Idolatrías y demonios. Notas sobre la poesía de Efraín Huerta”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 126, agosto de 2014, pp. 6-17.
- Mata, Carlos Ulises, 2014, “El otro, el mismo: Efraín Huerta en su prosa”, en *El otro Efraín. Antología prosística* de Efraín Huerta, México, FCE.
- Monsiváis, Carlos, “Te declaramos nuestro odio, magnífica ciudad”, *La Cultura en México*, núm. 1039, 24 de febrero de 1982, pp. II-IV.

- \_\_\_\_\_, “Las voces de Efraín Huerta”, *El Nacional Dominical*, núm. 117, 16 de agosto de 1992, pp. 4-6.
- Montemayor, Carlos, “Notas sobre la poesía de Efraín Huerta”, *Casa del Tiempo*, núm. 17-18, enero-febrero de 1982, pp. 4-9.
- Ocampo, Aurora (dir.), 1997, “Efraín Huerta” en *Diccionario de escritores mexicanos*, México, UNAM / Instituto de Investigaciones Filológicas.
- Octavio Paz, “Efraín Huerta (1914-1982)”, *Vuelta*, núm. 64, marzo de 1982, pp. 38-39.
- Pacheco, José Emilio, “Esquema para un diccionario (abreviado) de la poesía de Efraín Huerta”, presentación al disco *Efraín Huerta*, Colección Voz Viva de México, UNAM, 1968, pp. 1-2.
- \_\_\_\_\_, “La rebelión contra lo indecible”, *La Cultura en México*, núm. 648, julio de 1974, pp. 3-5.
- \_\_\_\_\_, “Efraín Huerta en la línea del alma” [sic, por “del alba”], *Proceso*, núm. 275, 8 de febrero de 1982, pp. 48-49.
- \_\_\_\_\_, “Suplemento de 1982 al ‘Esquema para un diccionario (abreviado) de la poesía

de Efraín Huerta”, *Proceso*, 19 de abril de 1982,.

\_\_\_\_\_, “Señas de identidad: Efraín Huerta”, *Proceso*, núm. 380, 13 de febrero de 1984, pp. 52-53.

Pouzet, Isabelle, “De la lettre au poème: de la correspondance d’Efraín Huerta (1933-1935) à la genèse d’une œuvre”, tesis de doctorado, Université de Rennes, Francia, 2013, 443 pp. Disponible en: <https://halshs.archives-ouvertes.fr/tel-00952308/document>

Valdivia, Benjamín, “Efraín Huerta o el cuchillo en la voz”, en *El camino del fuego. Ensayos de poesía guanajuatense*, Gobierno del Estado de Guanajuato, México, 1991, pp. 87-130.

### *Fotografías, documentos y documentales*

*Absoluto amor. Cuatro poemas y una carta de Efraín Huerta*, pres. Carlos Ulises Mata, Colección Aguafuerte núm. 1, Universidad de Guanajuato, México, 2015.

*Efraín Huerta: Absoluto amor*, 1ª ed. 1984, 2ª ed. facsimilar 2014, comp. y notas Mónica

Mansour, pról. José Emilio Pacheco, Gobierno del Estado de Guanajuato, México, [álbum documental e iconográfico].

*Efraín Huerta. Iconografía*, investigación iconográfica, pról., cronología y sel. Emiliano Delgadillo Martínez, FCE, México, 2014, 157 pp.

*El gran cocodrilo. Centenario de Efraín Huerta*, documental, dirigido por Eduardo González Ibarra, una producción de Canal 22 y la Universidad de Guanajuato, 54 minutos, DVD, México, 2014.

*Historias de vida: Efraín Huerta*, documental dirigido por Fernanda Valadez, una producción de Canal 11, 46 minutos, DVD, México, 2014.

*No se culpe a nadie de mi vida. Centenario de Efraín Huerta*, documental dirigido por Alejandro Gerber Bicecci, una producción de Clío para Televisa, 45 minutos, DVD, México, 2014.

## *Sobre los autores*

### ASUNCIÓN RANGEL

Profesora del Departamento de Letras Hispánicas de la Universidad de Guanajuato, en donde imparte cursos de poesía latinoamericana, teoría poética y literatura mexicana contemporánea. Doctora en Letras Mexicanas por la Universidad Nacional Autónoma de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde enero de 2013. Miembro del Cuerpo Académico *Estudios de poética y crítica literaria hispanoamericana* (Universidad de Guanajuato) y del *Grupo de Investigación Sobre Historia de la Literatura Mexicana* (El Colegio de San Luis). Es autora de los libros *La pulsión por el viaje de José Emilio Pacheco: su periplo al romanticismo* (Universidad de Guanajuato, colección Estudios Literarios, 2013) y *Pacheco* (Universidad de Guanajuato / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Pequeña Galería del Escritor Hispanoamericano, 2013). Cuenta con publicaciones en las revistas *Cuadernos del Hipógrafo*, *Káñina*, *Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa*

*Rica, Semiosis* (Universidad Veracruzana) y en *Escritos* (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla), entre otras.

#### CARLOS ULISES MATA

Ensayista y universitario guanajuatense. Con el libro *La poesía de Eduardo Lizalde* (Conaculta, 2002) obtuvo en 2001 el Premio Nacional de Ensayo Literario “José Revueltas” y con un ensayo que sigue inédito el Premio Internacional de Ensayo “Dante en América Latina”, en 2009. Ensayos y notas suyas han aparecido en las revistas *Biblioteca de México*, *Crítica*, *Nexos*, *los perros del alba*, *Revista de la Universidad de México*, *Confabulario*, *Laberinto* y *La Gaceta del FCE*, así como en libros colectivos dedicados a Gabriel Zaid (*Zaid a debate*, Jus, 2005), José Lezama Lima (*Curso délfico. Lecturas de Lezama Lima*, INBA / Ediciones sin nombre, 2012) y Eduardo Lizalde (*Algo sangra: aproximaciones críticas a Eduardo Lizalde*, Seminario de Cultura Mexicana / Ediciones sin nombre, 2015). El Fondo de Cultura Económica publicó en 2014 *El otro Efraín. Antología prosística* de Efraín Huerta, con selección y prólogo suyos.

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Rector General

*Dr. José Manuel Cabrera Sixto*

Secretaria General

*Mtra. Claudia Patricia Begné Ruíz Esparza*

Secretario Académico

*Dr. Juvencio Robles García*

Secretario de Gestión y Desarrollo

*Dr. Miguel Torres Cisneros*

Director de Apoyo a la Investigación  
y al Posgrado

*Dr. Salvador Hernández Castro*

Director de Extensión Cultural

*Mauricio Vázquez González*

CAMPUS GUANAJUATO

Rector

*Dr. Luis Felipe Guerrero Agripino*

Secretario Académico

*Mtro. Eloy Juárez Sandoval*

Director de la División  
de Ciencias Sociales y Humanidades

*Dr. Javier Corona Fernández*

Directora del Departamento  
de Letras Hispánicas

*Dra. Elba Margarita Sánchez Rolón*

*Huerta* décimo título de la colección  
Pequeña Galería del Escritor

Hispanoamericano, se terminó de  
editar y digitalizar en agosto de 2015  
en la División de Ciencias Sociales y  
Humanidades, Campus Guanajuato.

El diseño de los forros es de Lilian  
Bello-Suazo. El cuidado de la edición  
estuvo a cargo de Ediciones del  
Viajero Inmóvil y los autores.